

Michel de Montaigne, *Dos ensayos sobre la educación*.

Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2008.
Presentación y traducción de Jorge Orlando Melo

PRESENTACIÓN

Los *Ensayos* de Montaigne, publicados en 1580, fueron según su autor un “libro único en el mundo, de intención rara y extravagante” y todavía son sorprendentemente actuales. Su novedad estaba tanto en su tema, pues era insólito dedicar un libro a las opiniones y estados de ánimo de un autor –“así pues, lector, yo soy el tema de este libro: no hay razón para que pierdas tu tiempo en algo tan frívolo y liviano”- como en su estilo, pues se alejaba de todas las convenciones de los trabajos académicos de la época, sujetos a una retórica rígida y muy bien establecida. No era un estudio ordenado y sistemático de los diversos temas tratados, sino una conversación desordenada, llena de vacilaciones, vueltas y revueltas, digresiones y marchas en todas las direcciones. Además, era una conversación muy ágil, de ritmo animado y variado, y en un idioma que estaba más cerca del habla que de la escritura: “hablo al papel como hablo al primero con el que tropiezo”. Al adoptar este estilo - tan apropiado para la forma literaria que inventaba al mismo tiempo, el “ensayo”, con su sugerencia de un proceso de aproximación, de movimiento en un laberinto de posibles interpretaciones, de intentos, vacilaciones y pruebas- buscaba separarse del idioma erudito de su época, totalmente alejado del lenguaje oral, y reflejar el carácter cambiante, diverso y contradictorio de la realidad, en especial del hombre mismo.

Miguel de Montaigne, un hidalgo francés culto y rico, había recibido una educación formal rigurosa, en los mejores colegios de su tiempo, y había leído mucho^[1]. Su biblioteca, descrita con profundo afecto en los *Ensayos*, reunía el saber de su tiempo, y en ella se refugió en una época de violencia, corrupción, impunidad y guerras civiles, en la que los gobiernos y los que se enfrentaban a ellos sacrificaban, a nombre de las ideas y los resultados, la justicia y la dignidad. Abandonó el servicio público, convencido de que “el bien público exige que se traicione, que se mienta y se masacre”: que gobiernen entonces gentes más vigorosas y menos sensibles, capaces de sacrificar su honor y su conciencia. Los *Ensayos* vuelven una y otra vez al tema de los tiempos oscuros que lo rodean, para criticar la intransigencia y el amor a la guerra de sus compatriotas, para rechazar la justificación de la acción inmoral o criminal a nombre de la eficacia y los resultados, y para burlarse de un país en el que

[1] *Montaigne*, de Hugo Friedrich (1949), me parece la mejor introducción a la obra del autor de los *Ensayos*. Otras obras destacadas son Peter Burke. *Montaigne*: Madrid: Alianza Editorial, 1985, Jean Lacouture, *Montaigne a caballo*, México: Fondo de Cultura Económica, 1999 y Adolfo Castañón, *Por el país de Montaigne*, México: Paidós, 2000. Una excelente biografía es la de Donald Frame, *Montaigne, a Biography*, Londres, Hamish, 1960.

para cada nuevo problema se creaban nuevas leyes, cada vez más embrolladas y difíciles de interpretar.

Pero sobre todo, los **Ensayos** muestran una inquietud muy grande del autor con la ciencia y la educación de entonces. Montaigne, en un momento en el que la imprenta amplía bruscamente la disponibilidad de los libros, las universidades crecen, los científicos buscan más y más conocimientos, siente que la fascinación con el saber está llevando a una serie de actitudes que terminan destruyendo el sentido y la utilidad de la ciencia. En efecto, para Montaigne las instituciones educativas y las comunidades científicas valoran cada vez más la simulación del saber que el saber mismo. En las escuelas se enseñan muchas cosas, pero no se aprende a pensar ni a hacer: los estudiantes acumulan en su memoria más y más información, pero son incapaces de usar sus conocimientos en forma independiente, y no relacionan de ninguna manera lo que saben con sus vidas. En las escuelas se enseña en forma autoritaria y con una disciplina excesiva, que recurre con frecuencia a los castigos violentos. Los maestros se concentran en contenidos librescos, y no aprovechan la riqueza de la vida, de la naturaleza y de la sociedad, que son un texto mucho más rico y seguro que el que pueda escribir ningún autor. Los eruditos cada vez más se entretienen haciendo comentarios más y más sutiles sobre temas menos y menos importantes, y la mayoría de los libros que se publican son libros sobre libros, comentarios de comentarios. Para dar aire de profundidad a estos trabajos, los sabios usan un lenguaje cada vez más alambicado, inventando nuevas jergas más o menos incomprensibles, que se extienden a todos los niveles de la sociedad y ocultan que lo que tienen en la cabeza es simple confusión. Incluso las mujeres, comenta, aparentan erudición y usan términos novedosos en sus conversaciones, por sencillas que sean: "hasta haciendo el amor hablan en sabio", como decía Juvenal.

En varios ensayos el autor describe y comenta la forma de educar a los niños de su época, en el hogar y la escuela, y sugiere formas menos absurdas y más inteligentes y eficaces de hacerlo. Los dos principales son "Sobre los maestros" y "Sobre la educación de los niños", que figuran como ensayos 25 y 26 del tomo primero, y que son los que se publican en este librito. Pero hay muchos más que amplían o matizan sus puntos de vista, o tocan temas afines, como "Sobre el afecto de los padres a sus hijos (II,8)", "Sobre el parecido de los hijos a los padres"(II, 28), que habla sobre todo de la medicina (o mejor, contra los médicos) y tiene una discusión sorprendentemente aguda del papel de la herencia y la educación en el carácter de los niños, "Sobre los libros" (II, 10), "Sobre la conversación" (III, 8), "Sobre los tres tratos"- amigos, mujeres y libros- (III, 3) y "Sobre la experiencia" (III, 13). El lector que descubra en los textos que aquí están el placer de conversar con Montaigne no perderá el tiempo yendo a una edición completa de los *Ensayos* y recorriéndolos, sin prisa ni orden si lo prefiere, pues también así son deliciosos y provechosos.^[2]

^[2] Existen cuatro traducciones en español y una en proceso de edición. La primera, de Diego de Cisneros, hecha en 1634, no pudo publicarse, probablemente por problemas con la censura: los *Ensayos* fueron puestos en el Índice español de Libros Prohibidos en 1840, y en 1676 en el Índice Romano. La

En estos temas educativos, que están lejos de ser una ciencia exacta, como insiste el autor cuando invita a los maestros a seguirlo sólo en lo que encuentren razonable, desde hace cuatrocientos años los más innovadores pensadores pedagógicos no han hecho sino descubrir y redescubrir, una y otra vez, los mismos principios. Que la educación debe ser activa, basada en el ejercicio de las habilidades y capacidades naturales de los estudiantes, y no una recepción pasiva de información y preceptos. Que no sirve para nada llenar la cabeza de los estudiantes de información y conocimientos, porque lo que importa es desarrollar su capacidad de pensar con independencia y obrar bien. Que para educar y formar al estudiante es tan importante la forma de ser del maestro como lo que sepa, y que el alumno aprende más del ejemplo y de la práctica que de los sermones y discursos. Que lo que ha aprendido el alumno no se puede averiguar haciéndolo repetir sino aplicándolo a casos nuevos. Que lo único que sirve es el saber que se hace realmente nuestro, no el que se tiene en la boca listo para recitarlo y lucirse con él. Que nada sirve la teoría sin la práctica, el conocimiento sin la aplicación. Que la disciplina no puede basarse en la coacción y la fuerza, pues el castigo endurece o envilece el carácter. Que tan importante como el entrenamiento del espíritu es el entrenamiento del cuerpo, y que por lo tanto los ejercicios físicos deben tener tanto peso como los intelectuales. Que la educación debe ser interesante y solo se aprende lo que se disfruta. Que nada debe aceptarse por autoridad sino por convicción interna del alumno. Que hay que tener en cuenta las diferencias entre las aptitudes y los intereses de todos los estudiantes, y no imponer el mismo aprendizaje a todos. Que es mejor quedarse en la duda que seguir una opinión porque otros la creen verdadera. Que el afecto es una fuerza educativa más importante que el temor. Que el maestro debe hablar poco y oír mucho al discípulo, y no imponer sus ideas y opiniones. Que el aprendizaje se debe hacer a partir de experiencias vividas y de los objetos al alcance del estudiante, y no a partir de premisas abstractas. Que hay que poner las palabras al servicio del pensamiento, y hablar y escribir con sencillez y claridad, con la lengua del pueblo y no de los pedantes. Que hay que aprender desde muy niño una lengua extranjera. Todas las modas de los últimos siglos, la educación no autoritaria, la educación activa, el constructivismo, las lecciones de cosas, la filosofía para niños, la educación bilingüe, Rousseau, Pestalozzi, Montessori, Freinet, pueden encontrar sus antecedentes en Montaigne. Por supuesto, a veces comparte los prejuicios de su época, como cuando se refiere a la educación de las mujeres, tema en el que lo que dijo ha envejecido; o cuando su elogio de la formación del carácter da un gran peso a virtudes más bien guerreras que humanistas.

primera que se publicó fue la de Constantino Román Salamero, de 1898, casi siempre confiable pero de un estilo inflado y arcaizante, ajeno al ritmo oral del libro original. En 1947 Juan G. de Luaces publicó en Iberia una segunda traducción, muy alterada por la censura franquista. Recientemente han aparecido las traducciones de Almudena Montojo, en Cátedra (Madrid, 1985-1987), de Jordi Jordi Bayod en Acantilado (Madrid 2007), De una quinta traducción, la Marie Jose Lemarchand, ha salido solo el volumen 1 (Madrid, Gredos 2005).

En conjunto, estos textos constituyen una visión muy novedosa, incluso revolucionaria, de la educación, pero en muchos de sus contemporáneos, y en algunos que lo antecedieron, se encuentra igual rechazo a la educación escolástica y formalista y al uso de la fuerza por los maestros y similar búsqueda de una educación basada en el desarrollo libre de las aptitudes de los discípulos. Rabelais, a quien Montaigne cita con frecuencia y que escribió medio siglo antes, se burla también de la educación escolástica y uno de sus personajes propone quemar la Universidad de París, refugio del saber inútil y coactivo, y coincide con Montaigne en el rechazo a los castigos violentos y en su preferencia por una educación cercana a la naturaleza. También Erasmo y Juan Luis Vives publicaron antes que Montaigne tratados sobre educación que anticipan algunas de sus ideas.^[3]

La traducción que se ofrece trata de atender al máximo las recomendaciones del mismo Montaigne, y ofrecer un texto que tenga algo del ritmo de la conversación y del lenguaje oral. Esto, por supuesto, no puede llevarse al extremo. Hay algo de contradictorio, en todo caso, en el esfuerzo propuesto. Los lectores franceses encuentran en él, como los españoles en el Quijote, la gracia de un lenguaje que evoca el pasado con sus arcaísmos. Un Montaigne absolutamente actual, con un lenguaje coloquial y brusco, como lo habría quizás escrito él, estaría en inevitable contradicción con buena parte del contenido, de las ideas y de las referencias de la obra misma. He buscado, pues, cierto equilibrio, tratando de evitar arcaísmos semánticos y formas retóricas que hoy suenan algo oratorias, mientras dejaba formas complejas y variadas que pueden dar en alguna medida un tono del pasado. En todo caso, el mayor esfuerzo ha estado en hacer una traducción exacta, muy cercana al ritmo original, fácil de leer, que haga olvidar en lo posible que es una traducción.

Espero que maestros y administradores de nuestras instituciones educativas, así como jóvenes y estudiantes, lean estos brillantes ensayos, y se dejen llevar de su flexibilidad, su escepticismo, su falta de dogmatismo, su desconfianza en fórmulas y recetas expresadas en lenguajes burocráticos y pedantes, para que estas virtudes transformen en algo lo que hacen.

Jorge Orlando Melo
Bogotá, marzo 23 de 2008

Montaigne

^[3] Introducciones claras y ordenadas, pero elementales, al pensamiento pedagógico de Montaigne y de sus antecesores se encuentran en Gabriel Compayré, *Histoire critique des doctrines de l'éducation en France depuis le seizième siècle*, Paris: Hachette, 1904., 2 v. y *Montaigne et l'éducation du jugement*, Paris: Librairie Classique Delaplane, 1890?, y en Guillermo Sanhueza Arriagada, *Pensamiento pedagógico de Montaigne*, Santiago de Chile: Ed. Universitaria, c.1962.

Ensayos

Capítulo XXV

Sobre los maestros¹

Cuando era todavía niño me molestaba ver siempre en las comedias italianas que el bufón fuera un maestro y que el término de maestro ya no tuviera sentido honroso entre nosotros. Entregado a su cuidado, ¿podía hacer otra cosa que preocuparme por su reputación? Buscaba excusarlos por el desacuerdo natural entre gentes vulgares y personas destacadas y excelentes por su juicio y sabiduría, pues unas y otras siguen formas de vida totalmente contrarias. Pero perdía mi trabajo, pues los hombres más inteligentes eran los que más los despreciaban, como puede verse por nuestro buen Du Bellay:

Mais je hay par sur tout un savoir pedantesque²

Y además ésta es costumbre antigua, pues Plutarco dice que griego y escolar eran palabras de insulto y desprecio entre los romanos

Después, con el paso de los años, he encontrado que había una grandísima razón para esto, y que "magis magnos clericos non sunt magis magnos sapientes".³ Pero todavía no logro explicarme de donde pueda provenir que un alma rica en conocimientos de tantas cosas no se anime y despierte con ello, y que un espíritu grosero y vulgar pueda albergar, sin que eso lo cambie, los discursos y juicios de los más excelentes espíritus que haya tenido el mundo. Como me decía una dama, la primera de nuestras princesas, hablando de alguien: para recibir tantos cerebros ajenos, tan grandes y fuertes, es necesario que el suyo se estreche, se encoja y disminuya, para darle sitio a los otros.

Diría con gusto que así como las plantas se ahogan por demasiada agua, y las lámparas por exceso de aceite, también demasiado estudio y materia afectan la actividad del espíritu, el cual, agarrado y embarazado por una gran diversidad de cosas, ya no es capaz de desenredarse; y que esta carga lo tuerce y aplasta. Pero es al revés: pues nuestra alma se amplía a medida que se llena; y por los ejemplos de los viejos tiempos se ve, por el contrario, como hombres capaces de manejar los asuntos públicos, grandes capitanes y grandes consejeros en asuntos de estado, fueron al mismo tiempo muy sabios.

Y en cuanto a los filósofos retirados de toda ocupación pública, también algunas veces fueron, de verdad, despreciados en las libres comedias de sus tiempos, pues sus opiniones y maneras los hacían ridículos. ¿Los queréis convertir en jueces de los derechos de un proceso, de las acciones de un hombre? Están listos para ello. Siguen tratando todavía de saber si hay vida, si el movimiento existe, si el hombre es distinto a un buey, qué es obrar y sufrir, que clase de bichos son las leyes y la justicia. ¿Hablan del magistrado, o se dirigen a él? Usan entonces una libertad irreverente y descortés. ¿Oyen elogiar a un príncipe o un rey? Para ellos no es sino un pastor, ocioso como un pastor,

¹ El título en francés es "Du pedantisme", que podría traducirse por "Sobre la pedantería". Sin embargo, el término pedante alude al mismo tiempo al educador de niños, al pedagogo, y a la actitud de presuntuoso aprecio del conocimiento que se atribuía a los docentes.

² Pero lo que más detesto es el saber de los pedantes, Du Bellay, *Regrets*, soneto 68.

³ Los más eruditos no son los más sabios. Rabelais, *Gargantúa*, Cap 39.

ocupado en acosar y esquilmar a sus bestias, pero en forma mucho más brusca que un pastor. ¿Estimas a alguien más grande porque tiene dos mil fanegas de tierra? Ellos se burlan, acostumbrados a considerar a todo el mundo como su posesión. ¿Te precias de tu nobleza por tener siete abuelos ricos? Ellos te menosprecian, pues no adviertes los rasgos universales de la naturaleza, y cuántos predecesores ha tenido cada uno de nosotros: ricos, pobres, reyes, sirvientes, griegos y bárbaros. Y aunque fueras el quinquagésimo descendiente de Hércules, te tendrían por vanidoso por sacar a relucir ese regalo de la fortuna. Y de ese modo los desdeña el vulgo, como ignorantes de las cosas básicas y comunes, como presuntuosos e insolentes.

Pero esta pintura platónica está bien alejada de la que corresponde a nuestras gentes. Se envidiaba a aquellos filósofos por estar encima de las maneras comunes, por despreciar la vida pública, por entregarse a una vida extraña e inimitable, regulada por discursos altivos y fuera de moda. Pero se desdeña a los pedantes por no estar al nivel de las maneras comunes, por no ser capaces de ocupar cargos públicos, por seguir una vida y unas costumbres bajas y viles, como las del vulgo.

Odi homines ignava opera, philosopha sententia⁴

En cuanto a esos filósofos, digo que aunque eran grandes en ciencia, eran todavía más grandes en toda clase de actos. Y tanto, que se recuerda a ese geómetra de Siracusa al que alejaron de sus contemplaciones para que hiciera algo práctico en defensa de su país, para lo cual puso en marcha en forma inmediata maquinarias espantosas y con efectos que sobrepasaban toda creencia humana, y que pensaba haber corrompido con esto la dignidad de su saber, del cual estas obras no eran sino el aprendizaje y el juguete. A ellos también, cuando se les ha puesto a prueba en la acción, se les ha visto volar con alas tan altas, que su corazón y su alma parecían haber crecido en forma maravillosa y haberse enriquecido por la comprensión de las cosas.

Pero algunos, viendo los puestos de gobierno político capturados por hombres incapaces, se han alejado de ellos; y el que preguntó a Crates hasta cuando valdría la pena filosofar, recibió esta respuesta "Hasta que los asnos no sean los que dirijan nuestros ejércitos". Heráclito renunció a ser rey a favor de su hermano; y decía a los efesios que le reprochaban que pasaba su tiempo jugando con los niños frente al templo: "Vale más la pena hacer esto que gobernar los asuntos públicos en vuestra compañía". Otros, habiendo puesto su imaginación por encima de la fortuna y el mundo, consideraban bajas y viles las sillas de la justicia y los tronos mismos de los reyes. Rehusó así Empédocles el reino que los de Agrigento le ofrecían. A Tales, que se quejaba a veces de tener que atender sus asuntos domésticos y conseguir dinero, le decían que se lamentaba, como el zorro frente a las uvas, por no lograr hacerlo bien. Le dio entonces por mostrar lo contrario con la experiencia, por puro pasatiempo, y habiendo por esta razón puesto su saber al servicio de la ganancia y el provecho, organizó un negocio que en un año le dio unas

⁴ Odia al hombre que es filósofo en las palabras y en los hechos inepto. Pacubio, citado por Aulo Gelio, XVII, 8, y por Justo Lipsio, *Politiques*, I, 10.

riquezas que los más experimentados en estos oficios apenas habrían podido lograr en toda una vida.

Cuenta Aristóteles que algunos lo llamaban, (lo mismo que a Anaxágoras y a otros parecidos) sabio pero no prudente, por no poner suficiente atención a cosas más útiles. Aunque no capto bien esta diferencia de palabras, esto no serviría de excusa a los pedantes de hoy; y al ver la baja e insuficiente fortuna de la que se enorgullecen, tendríamos más bien razón para declarar que no son ni sabios ni prudentes.

Dejando de lado este tema, creo que vale la pena decir que este mal proviene de su mala manera de asumir las ciencias; y que mirando la forma en que somos instruidos, no es maravilla si ni escolares ni maestros se convierten en gentes más hábiles, aunque se hagan más doctos. En realidad el cuidado y los gastos de nuestros padres no tienden sino a amoblarnos la cabeza con la ciencia; del juicio y la virtud no hay noticias. Si uno grita ante nuestro pueblo cuando alguien pasa: "Oh, miren ese sabio" y ante otro "Oh, ahí va un hombre bueno", no se deberían dirigir la vista y el respeto al primero. Sería preciso un tercero que gritara: "Oh, cabezas tontas" Siempre queremos enterarnos de si alguien sabe griego o latín, escribe en verso o en prosa, pero no nos interesa saber si se ha vuelto mejor o más capaz de juzgar, lo que es más importante. Valdría la pena preguntarse quien es mejor sabio y no quien es más sabio.

No trabajamos sino para llenar la memoria y dejamos el entendimiento y la conciencia vacíos. Como los pájaros que van a veces en busca de grano y lo llevan en el pico sin gustarlo, para darle un bocado a sus polluelos, así nuestros maestros van recogiendo la ciencia en los libros, y apenas la ponen en la punta de los labios, para descargarla y lanzarla al viento.

Es maravilloso lo fácil que la tontería se atraviesa en mis propias cosas. ¿Pues no es eso que critico lo que hago en la mayor parte de este escrito? Yo voy pescando por aquí y por allá en los libros las frases que me gustan, no para guardarlas, pues yo no tengo buen sitio para guardarlas, sino para trasplantarlas en este escrito, donde, a decir verdad, son tan poco mías como en su lugar original. Creo que no somos sabios sino por la ciencia presente, no por la pasada ni tampoco por la futura.

Pero lo que es peor, tampoco los escolares o los niños que estos maestros enseñan se nutren ni alimentan. Pasa la ciencia de mano en mano con el fin único de presumir con ella, de lucirse ante otros, y de charlar, como una moneda falsa que no sirve sino para contar y arrojar.

*Apud alios loqui didicerunt, non ipsi secum. -Non est loquendum, sed gubernandum*⁵

La naturaleza, para mostrar que nada de lo que hace es salvaje, hace que en las naciones menos cultivadas por el arte resulten producciones que

⁵ Aprendieron a hablarles a los demás, pero no a sí mismos. Cicerón, *Tusculanas*, V, 36. No se trata de hablar, sino de conducir la nave. Séneca, *Cartas*, 108

superan a las más artísticas. Sobre esto hay un delicado proverbio gascón, derivado de una gaita:

Bouha prou bouha, mas à remuda lous dits qu'em

Cualquiera puede soplar; pero hay que mover los dedos para que suene la gaita. Sabemos decir: «Cicerón dice esto, esas eran las costumbres de Platón; tales son las palabras exactas de Aristóteles»; ¿Pero nosotros mismos, qué decimos? ¿Qué opinamos? ¿Qué hacemos? Lo mismo diría un loro.

Lo anterior me recuerda a un rico romano⁶ que había logrado, con grandes gastos, reunir bastantes expertos en todas las ciencias, a los que mantenía siempre a su lado, para que cuando estuviera con sus amigos y surgiera alguna oportunidad para hablar de una u otra cosa, ocuparan su sitio y pudieran proveerle un discurso, un verso de Homero, cada uno según su especialidad; pensaba que este saber era suyo porque estaba en la mente de sus servidores.

Esto mismo es lo que hacen aquellos cuyo orgullo está en tener suntuosas bibliotecas. Conocí uno que cada vez que le preguntaba algo de lo que sabía, me pedía un libro para mostrármelo, y no se atrevía a decirme que le rascaba el trasero sin ir antes a ver en el diccionario lo que son rascar y trasero.

Anotamos y seguimos las opiniones y los conocimientos ajenos, como si esto fuera suficiente. Nos queda faltando apropiárnoslas, hacerlas nuestras. Nos parecemos al que, necesitando fuego, va a pedirlo a su vecino y encontrado uno fuerte y hermoso, se queda calentándose allí sin preocuparse por llevarlo a su propia casa. ¿De qué nos sirve tener la panza llena de carne si no la digerimos? ¿Si no se transforma dentro de nosotros? ¿Si no nos hace más fuertes y grandes? ¿Pensamos que Lúculo, al que las letras convirtieron en un capitán tan grande sin necesidad de la experiencia, las estudiaba como lo hacemos nosotros?

Usamos tanta fuerza para lanzarnos a los brazos de los demás que agotamos nuestras propias fuerzas. ¿Quiero llenarme de escudos contra el temor de la muerte? Voy a buscarlos en las obras de Séneca. ¿Quiero consuelo para mí o para otro? Se lo pido prestado a Cicerón. Pero si me hubieran enseñado y ejercitado como es debido, podría encontrar todo eso en mí mismo. Nada me gusta esta capacidad limitada y limosnera. Aunque uno pueda ser erudito con la sabiduría de los demás, sabios de verdad no podemos serlo sino con nuestra propia sabiduría.

Μισῶ σοφιστὴν ὅστις οὐκ αὐτῷ σοφός.

«Detesto al sabio que en sí mismo no lo es.»⁷

⁶ Seneca, *Cartas*, 27. Se trata de Calvisio Sabinio.

⁷ Palabras de Eurípides, según Cicerón, *Epístolas*, 15.

*Ex quo Ennius: Nequidquam sapere sapientem, qui ipse sibi prodesse non quiret.*⁸

Sai cupidus, si

*Vanus et Euganea quantumvirus villior aqua*⁹

*Non enim paranda nobis soum, sed fruenda sapientia est*¹⁰

Dionisio¹¹ se burlaba de los gramáticos que sufren por los males de Ulises pero ignoran los propios; de los músicos que afinan sus flautas y tienen sus costumbres destempladas; de los oradores que aprenden a hablar de la justicia pero no a practicarla.

Si nuestra alma no toma un camino mejor, si no tenemos un juicio más sano, preferiría que mi alumno hubiera pasado su tiempo jugando pelota: al menos su cuerpo estaría más ágil. Cuando uno lo ve volver después de 15 o 16 años de estudios, encuentra que nadie es tan inhábil para cualquier trabajo. La única ventaja que uno encuentra es que su latín y su griego lo han vuelto más vanidoso y presuntuoso que cuando salió de casa. Debía volver con el alma llena y no trae sino viento: en vez de hacerla crecer se ha limitado a inflarla.

Estos maestros de hoy, como dice Platón de los sofistas, sus hermanos, son, entre todos los hombres, los que prometen ser más útiles para los hombres, pero son los únicos de los hombres que no solo no arreglan lo que se les entrega, como un carpintero o albañil, sino que lo dañan, y hay que pagarles por haberlo dañado. Si se siguiera la ley que Protágoras proponía a sus discípulos – que estos decidieran cuánto pagar o que juraran en el templo en cuánto valoraban el provecho que habían obtenido con sus enseñanzas y de acuerdo con esto pagaran sus trabajos- mis pedagogos habrían salido burlados, sujetos al juicio de mi experiencia.

La gente del pueblo del Perigord llama con mucha gracia "Lettreferits" a estos sabihondos, como si uno los llamara "heridos con las letras", a los cuales las letras les entraron, como se dice, por un martillazo en la cabeza. En realidad, la mayoría de las veces carecen hasta del sentido común. Pues el campesino y el zapatero siguen su camino ingenua y sencillamente, hablando de lo que saben; éstos, queriéndose elevar y fortalecer con ese saber que flora en la superficie de su cerebro, se van enredando y tropiezan sin cesar. De sus labios salen palabras hermosas, pero necesitan que otro las ponga en orden; conocen bien a Galeno, pero no al enfermo; nos llenan la cabeza de leyes, pero no han entendido el nudo del proceso; conocen la teoría de todo, pero que otro la ponga en práctica.

Vi un amigo mío, en mi propia casa, conversando con uno de estos pedantes, y se entretenía inventando una jerigonza o un galimatías de frases

⁸ Por lo cual Ennio dice que es vana la ciencia del sabio que no puede servirse de ella, Cicerón, *De officiis*, III, 15.

⁹ Si es voluptuoso y vano, y más débil que un cordero de Euganea. Juvenal, *Sátiras*, VIII.

¹⁰ Pues no solo debemos conseguir la sabiduría, sino aprovecharla. Cicerón, *De finibus* I, i.

¹¹ El dicho es realmente de Diógenes el cínico, según lo reporta Diógenes Laercio, *Vidas...*, VI, 27-28.

incoherentes, armado a punta de trozos ajenos, pero relleno de palabras apropiadas para la discusión. Se divertía así un día entero poniendo a discutir a este tonto, que pensaba responder con propiedad las objeciones que se le hacían; y eso que era un hombre de buena reputación, y que tenía un empleo visible.

Vos, o patricius sanguis, quos vivere par est
Occipiti caeco, posticae occurrere sannae¹²

Quien mire de muy cerca a esta clase de gentes, o quien los vea desde lejos, encontrará, como yo, que la mayor parte de las veces no se entienden entre sí ni entienden a los demás, y que tienen la memoria llena pero el entendimiento vacío, a menos que su misma naturaleza los haya hecho muy distintos, como Adrian Turnebus, que no teniendo otra actividad que las letras, en lo que fue, en mi opinión, el hombre más grande que haya habido en mil años, tenía de pedante sólo la vestimenta y algunos rasgos externos, que podían verse mal en la corte, pero que son cosas sin importancia. Detesto a los que se irritan más con un traje inapropiado que con un alma perversa, y juzgan lo que es un hombre ante todo por su garbo y sus gestos, sus vestidos y sus botas. Adriano fue el alma mejor educada del mundo; yo disfrutaba con frecuencia haciéndolo hablar de temas alejados de sus especialidades, y el veía con tal claridad, con una comprensión tan rápida, que parecía no haber tenido nunca otro oficio que la guerra o los asuntos de Estado. Esas son naturalezas hermosas y fuertes.

-queis arte benigna
Et meliore luto finxit praecordia Titan¹³

y conservan sus virtudes a pesar de sufrir una mala educación. Ahora bien, no basta que nuestra educación no nos dañe: es preciso que nos haga mejores.

Hay algunos de nuestros tribunales que cuando tienen que recibir nuevos funcionarios, los examinan sólo en cosas de derecho; otros juzgan además el buen sentido de los candidatos, poniéndolos a juzgar algún proceso. Me parece que estos siguen un método mucho mejor; y aunque ambas cosas sean necesarias y deban encontrarse juntas, en verdad es menos valioso estar lleno de conocimientos que tener buen juicio, pues como pregona este verso griego,

Ὡς οὐδὲν ἢ μάθῃσις, ἢν μὴ νοῦς παρῆ. ¹⁴

¹² Vosotros nobles, que no podéis ver por detrás, cuidaos de los que se burlan por la espalda. Persio, *Sátiras*, I, 61

¹³ Cuyo corazón con arte benigno, de la mejor arcilla forjó el Titán, Juvenal, *Sátiras*, XIV, 34

¹⁴ Gnomicos Griegos, citado por Estobeo, *Sermon III*.

«¿Para qué le sirve la ciencia a quien no tiene inteligencia?» ¡Quiera Dios que para bien de nuestra justicia los jueces estén tan bien provistos de entendimiento y conciencia como de ciencia! *Non vitae, sed scholae discimus*.¹⁵ En conclusión, no basta pegar el saber al alma, sino que hace falta incorporarlo a ella; no basta salpicarla con él, sino que hay que impregnarla de él; y si no la cambia, y mejora nuestro imperfecto estado, sería mucho mejor dejarla como está. El saber es una espada peligrosa, que estorba y ofende a su dueño si está en manos débiles y que no saben usarla¹⁶: *ut fuerit melius non didicisse*.¹⁷

De pronto esta es la razón de que ni nosotros ni la teología pidan mucha ciencia a las mujeres, y que Francisco, duque de Bretaña, hijo de Juan V, cuando le hablaron de su matrimonio con Isabel, que era escocesa, y le dijeron que había sido educada con sencillez y sin ninguna instrucción literaria, respondió que la quería más por ello, y que una mujer sabía lo necesaria cuando era capaz de distinguir la camisa y los calzones de su marido.

No es, pues, cosa de maravilla que nuestros antepasados no hayan dado gran importancia a las letras, y que aún hoy no se las encuentre sino por casualidad en los principales consejos de nuestros reyes; y si la búsqueda de la riqueza, que se dice hoy que puede lograrse solo por medio del derecho, la medicina y el profesorado, y incluso de la teología, no las mantuvieran vivas, las veríamos aún más desacreditadas de lo que han estado alguna vez. ¿Y qué importaría, si no nos enseñan ni a pensar bien ni a obrar bien? *Postquam docti prodierunt, boni desunt*.¹⁸ A quien no tiene la ciencia de la bondad, toda ciencia adicional es dañina.

Pero la razón que busco no es probablemente esa, sino que como en Francia nadie estudia sino para hacer dinero, pocos de los que han nacido con una naturaleza inclinada a oficios más generosos que lucrativos, se dedican al estudio. O lo hacen tan brevemente, retirándose antes de haberle tomado el gusto, para entregarse a alguna profesión sin nada en común con los libros, que ordinariamente no quedan para dedicarse por completo a los estudios, sino las personas de muy baja fortuna, que buscan en aquéllos los medios para vivir. Y siendo sus almas, por su naturaleza y por el ejemplo y ambiente familiar, de mala calidad, sacan muy pocos frutos reales de la ciencia. Pues la ciencia no ilumina el alma que no tiene luces, ni hace ver a la que es ciega; su tarea no está en darle la vista, sino en dirigirla y ordenar su marcha, siempre que sus pies y piernas sean rectas y capaces. La ciencia es una buena droga, pero ninguna droga es tan fuerte que no se corrompa y contamine con los vicios del vaso que la guarda. Muchos tienen la vista clara, pero no recta, y por lo tanto ven el bien, pero no lo practican, y ven la ciencia pero no la usan. La regla fundamental de Platón en su *República* es dar a los ciudadanos sus cargos de acuerdo con su naturaleza. Y es que la naturaleza todo lo puede y lo hace todo. Los cojos son inhábiles para los ejercicios corporales, y las almas cojas para los ejercicios espirituales; las bastardas y vulgares son indignas de la filosofía. Cuando vemos un hombre mal calzado, decimos que no tiene nada

¹⁵ No aprendemos para vivir, sino para lucirnos en la escuela. Seneca, *Epistolae*, 106

¹⁶ Imágenes tomadas de Seneca, *Cartas*, lxxi.

¹⁷ Habría sido mejor no aprender nada, Cicerón, *Tusculanas*, II, 4

¹⁸ Desde que aparecieron los doctos, se hicieron escasos los buenos. Séneca, *Cartas*, XVC.

de raro pues es zapatero, e igualmente la experiencia nos muestra con frecuencia médicos mal tratados, teólogos poco reformados, sabios más inútiles que cualquier otra persona.

Aristón de Quios tenía razón al decir que los filósofos dañan a sus oyentes, en la medida en que la mayoría de las almas no están listas para aprovecharse de sus enseñanzas, y que si esta no les hace bien, les hace mal: *asotos ex Aristippi, acerbos ex Zenonis schola exire*.¹⁹

En la hermosa educación que atribuye Jenofonte a los Persas, encontramos que enseñaban a sus niños la virtud, como otras naciones enseñan las letras²⁰. Platón dice que el hijo mayor, a quien correspondía la sucesión real, era educado así: después de de su nacimiento se le entregaba, no a mujeres, sino a eunucos que se hubieran ganado el respeto de los reyes por su virtud.²¹ Estos se encargaban de formarle un cuerpo sano y hermoso, y cuando llegaba a los siete años le enseñaban a montar a caballo y a cazar. Cuando llegaban a los 14 años, lo entregaban a cuatro maestros: el más sabio, el más justo, el más moderado, el más valiente de la nación. El primero le enseñaba religión, el segundo a decir siempre la verdad, el tercero a dominar los deseos, el cuarto a no temer nada.

Vale la pena hacer notar que en esta excelente política de Licurgo²², en verdad monstruosa por su perfección, que ponía el desarrollo de los niños como tarea principal, se hiciera tan poca mención del saber, y esto en la patria misma de las Musas.²³ Es como si esta generosa juventud, desdeñando cualquier yugo diferente a la virtud, debiera tener, en vez de nuestros maestros de ciencias, solo maestros de valor, prudencia y justicia. Este ejemplo lo siguió Platón en sus *Leyes*. El método que seguían los espartanos era plantearles problemas acerca de los hombres y de sus acciones; y si condenaban o elogiaban a un personaje o una acción, debían dar las razones para su opinión, y de este modo afilaban su entendimiento al mismo tiempo que aprendían las reglas del derecho. Astiages, en Jenofonte²⁴, pide a Ciro que le cuente como fue su última clase. “En nuestra escuela, dijo Ciro, un muchacho alto que tenía un delantal pequeño se lo dio a un compañero más bajo, y le quitó su delantal, que era más grande. Nuestro preceptor me encargo de juzgar este desacuerdo, y yo dictaminé que debían dejarse las cosas como estaban, pues los dos parecían beneficiarse del cambio. El maestro me contestó que había juzgado mal, pues me había detenido en la consideración de los efectos sobre el bienestar, cuando debía primero atender a la justicia, que exige que a nadie se le quite por la fuerza lo que le pertenece”. Y cuenta que fue azotado, así como en nuestras aldeas nos azotan cuando olvidamos como conjugar el aoristo primero de “tipto” en clase de griego.

Mi propio maestro podría hacerme un buen discurso *in genere demonstrativo*, sin poder persuadirme de que su método es tan apropiado

¹⁹ Licenciosos salían de la escuela de Aristipo, amargados de la Zenón. Ciceron, *De natura deorum*, III; 31.

²⁰ Jenofonte, *Ciropedia*, I,

²¹ Platón, *Primer Alcibiades* 121.

²² Plutarco, *Vida de Licurgo*, xi, y *Dichos de los Lacedemonios*, 226.

²³ La patria de las musas, el Parnaso, estaba Fócide y no en Lacedemonia, como parece pensar Montaigne.

²⁴ Jenofonte, *Ciropedia*, I, iii, 15.

como aquél. Es un método que busca acortar el camino, y puesto que las ciencias, cuando se las toma en forma correcta, no pueden sino enseñarnos la prudencia, la probidad y la decisión, aquellos maestros quisieron ante todo poner a sus discípulos a gozar de estos efectos, y buscaron instruirlos no solo de oídas, sino por medio de la acción, formándolos y modelándolos animadamente, no solamente con palabras y preceptos, sino sobre todo con obras y ejemplos, a fin de que todo esto no se convirtiera en un saber puesto en su alma, sino en su forma de ser y en su hábito; que no fuera algo adquirido sino una posesión natural. Se preguntaba a este propósito a Agesilao que creía que debían aprender los niños, y respondió: « lo que deben hacer como hombres». ²⁵ No es maravilloso que semejante educación produjera efectos tan admirables.

Si uno requería retóricos, pintores y músicos iba a buscarlos a otras ciudades de Grecia, pero los legisladores, magistrados y jefes militares se encontraban en Lacedemonia. En Atenas aprendían a hablar bien y allí a obrar bien; en Atenas a desbaratar un argumento sofisticado y a refutar la impostura de palabras entrelazadas capciosamente; en Lacedemonia, a librarse de la atracción de la voluptuosidad y a rechazar con valor las amenazas del infortunio y la muerte. Aquéllos se enfrentaban a las palabras, y estos a las cosas; allá se ejercitaba la lengua a todas horas, aquí se ejercitaba siempre el alma. Por esto no es extraño que cuando Antipater les pidió cincuenta niños como rehenes, respondieron, al contrario de lo que haríamos nosotros, que preferían entregar dos veces ese número de hombres hechos y derechos: tanto apreciaban la pérdida del trabajo de educación de sus jóvenes. Cuando Agesilao invita a Jenofonte a que mande sus hijos a educar a Esparta, no es para que aprendan allí la retórica o la dialéctica, sino para que aprendan la ciencia más excelsa de todas: la de mandar y obedecer. ²⁶

Es muy agradable ver a Sócrates burlándose de Hippias cuando este le cuenta que ha ganado buenas sumas de dinero enseñando en las más pequeñas aldeas de Sicilia, mientras que en Esparta no se ha ganado ni un centavo: que idiotas son esas gentes, que no saben ni contar ni medir, no conocen la gramática ni el ritmo, y se empeñan únicamente en conocer la serie de los reyes, las causas de decadencia de los Estados y otras tonterías de estas. Pero al final Sócrates, haciéndole confesar en detalle la excelencia de su forma de gobierno público, la virtud y felicidad de su vida, lo lleva a adivinar como conclusión la inutilidad de sus enseñanzas. ²⁷

Estos ejemplos nos enseñan, teniendo en cuenta estas políticas tan marciales, así como otras semejantes, que el estudio de las ciencias debilita y ablanda el ánimo en vez de endurecerlo y fortificarlo. El Estado más fuerte que existe hoy en el mundo es el de los turcos, un pueblo que también estima las armas y desprecia las letras. Me parece que Roma era más valiente cuando era menos sabia. Las naciones más belicosas de nuestra época son las más burdas e ignorantes. Los Escitas, los Partos, Tamerlán, sirven también para probar esto. Cuando los Godos asolaron a Grecia, lo que salvó las bibliotecas de ser

²⁵ Plutarco, *Dichos de los Lacedemonios*.

²⁶ Plutarco, *Vida de Agesilao*, cap 7.

²⁷ Platón, *Hippias mayor*, 96-97.

destruidas por el fuego fue que uno de ellos los convenció de que era preferible dejarlas intactas en manos de sus enemigos, para que los apartaran de los ejercicios militares y se divirtieran con ocupaciones sedentarias y ociosas. Cuando nuestro rey Carlos VIII, sin sacar la espada de su vaina, se apoderó del reino de Nápoles y de buena parte de la Toscana, los señores de su comitiva atribuyeron esta inesperada facilidad a que la nobleza y los príncipes italianos se preocupaban más por volverse sabios e ingeniosos que vigorosos y guerreros.

Capítulo XXVI

De la educación de los hijos

A la señora Diana de Foix, condesa de Gurson

Nunca vi padre, por enclenque o jorobado que fuera su hijo, que no lo reconociese; y no tanto porque la embriaguez de su afecto no le dejara ver sus defectos, sino por ser su propio hijo. Así yo, mejor que cualquier otro, veo que estas páginas no son más que las divagaciones de un hombre que apenas ha disfrutado de la capa más superficial de las ciencias y eso en su infancia, y que sólo recuerda de ellas su imagen general y vaga: un poco de cada cosa y nada de todo, a la francesa. En el mejor de los casos se que existen la medicina, la jurisprudencia y las cuatro partes de las matemáticas, y muy poco lo que busca cada una de ellas. Si acaso, se que las ciencias en general pretenden servir a la vida, pero nunca he profundizado en ellas, ni me gasté los ojos estudiando a Aristóteles, príncipe de la doctrina moderna, ni he estudiado con disciplina ciencia alguna, ni hay arte en la que haya pasado de los primeros rudimentos. No hay muchacho de la enseñanza media que no pueda considerarse más sabio que yo, que sería incapaz de hacerle preguntas pertinentes sobre la primera clase de su materia. Y si me obligaran a cuestionarlo, mi incompetencia haría que le planteara alguna pregunta general, por medio de la cual pudiera examinar su capacidad natural de razonamiento, aspecto que probablemente desconocería tanto como yo los que él domina.

Fuera de los libros de Séneca y Plutarco, de donde extraigo mi riqueza, llenando y vaciando perpetuamente mis arcas como las Danaides, no he tenido tratos con ningún otro libro serio. Algo de aquéllos he puesto en este libro; en mi cabeza, casi nada. Mi coto de caza favorito ha sido la historia, y siento especial preferencia por la poesía, pues como decía Cleantes, así como la voz encerrada en la estrechez de una trompeta sale más aguda y fuerte, me parece que las ideas comprimidas por la poesía saltan más bruscamente y me hieren con más viva sacudida. En cuanto a mis facultades naturales, de las que este libro es ejercicio, las siento doblarse bajo su carga. Marchan a tropezones mis conceptos y juicios, tambaleándose, vacilando y chocando, y cuando he ido tan lejos como puedo, apenas me siento satisfecho: diviso todavía algo más allá, pero con vista alterada y nublada, que no logro aclarar. Y buscando hablar de todo lo que se ofrece en desorden a mi imaginación, sin usar más que mis fuerzas ordinarias, resulta que con frecuencia encuentro en los buenos autores los mismos temas que yo trato, como acaba de pasarme con la fuerza de imaginación, materia cuyo discurso he encontrado en Plutarco. Cuando esto ocurre y me comparo con tales maestros, me siento tan débil y tan mezquino, tan pesado y adormecido, que me compadezco y menosprecio. Me alegra, en cambio, que a veces mis opiniones tengan el honor de coincidir con las suyas, de modo que los sigo, aunque sea de lejos. Y así me doy cuenta de la extrema diferencia entre ellos y yo, que no todos ven. A pesar de todo, dejo correr mis invenciones, tan débiles y torpes, tal como han salido de mi pluma, sin

remendar ni cubrir los defectos que esta comparación me ha hecho descubrir. Es preciso confiar mucho en uno mismo para marchar a la vista de tales autores. Los indiscretos escritores de nuestro siglo, cuyas insignificantes obras están llenas de pasajes enteros de los antiguos, que se apropian para darse ínfulas, hacen lo contrario, y la diferencia tan grande entre lo suyo y lo que toman prestado da a sus escritos un aire pálido, descolorido y feo, de modo que pierden más de lo que ganan.

Dos filósofos antiguos seguían ideas contrarias en esto. Crisipo incluía en sus obras, no sólo pasajes, sino libros enteros de otros autores, y en una incluyó la *Medea* de Eurípides: Apolodoro decía que si uno borrara lo prestado, en sus obras no quedaría más que el papel en blanco. Epicuro, por el contrario, en trescientos volúmenes que escribió, jamás empleó citas ajenas.

Hace días tropecé con un pasaje de éstos, para llegar al cual había tenido que arrastrarme languideciendo en pos de frases tan descarnadas, desangradas y vacías de sentido y contenido, que no eran, en suma, sino frases huecas; al cabo de un largo y fastidioso camino me encontré con un trozo elevado, sustancioso y que se elevaba hasta las nubes. Si hubiera encontrado la pendiente más suave y la subida algo más larga, la cosa hubiera sido natural; pero llegué a un precipicio tan alto y recortado, que a las seis primeras palabras vi que me hallaba en un mundo diferente. Desde allí pude descubrir el hueco del que venía, tan bajo y profundo que ya no tenía valor para volver a meterme en él. Si yo adornara alguno de mis escritos con tan ricos despojos, haría resaltar demasiado la insignificancia del resto.

Reprender mis propias faltas en otro no me parece más apropiado que reprender, como lo hago a veces, las de otro en mí; es preciso acusarlas en todos y quitarles toda justificación. Bien se cuán audazmente comparo mis ideas con las de los autores célebres, buscando igualarme a ellos; confiando en cierto modo en engañar a quienes deben juzgarme; pero lo hago tanto para justificar mis esfuerzos como para mejorar mi capacidad de invención y mi fuerza. Además, no lucho frente a frente ni cuerpo a cuerpo con tales campeones: apenas hago amagos y menudos y ligeros ataques; no me lanzo contra ellos, sino que los tanteo, y no avanzo tanto como pudiera temerlo. Si pudiera caminar a la par, obraría como hombre de bien, porque sólo los acometería por sus pendientes más fuertes.

Hacer lo que hacen algunos, vestirse con armaduras ajenas hasta el punto de que sólo dejan a la vista las puntas de los dedos, conducir los razonamientos, como es fácil para el que conoce en forma general un tema, apoyándose en las ideas de los antiguos, copiándolas y pegando los pedazos cogidos de un lado y otro, y sobre todo haciéndolas pasar por propias, es en primer lugar algo injusto y cobarde, porque los que lo hacen, al no tener nada que les pertenezca, pretenden lucirse con las riquezas ajenas. Y es además una gran tontería, pues se contentan con la ignorante aprobación del vulgo y se desacreditan ante las gentes de entendimiento, las únicas cuya alabanza vale la pena, y que descubren los préstamos ocultos. Nada más lejos de mí que hacer esto. Yo no cito a los otros sino para decir mejor lo mío. Y no estoy criticando las antologías y libros de citas que se presentan al público como tales: he visto en mis años algunos muy ingeniosos, sin hablar de los antiguos,

entre ellos el que se conoce como Capilupo. De esta suerte muestran también sus talentos algunos eruditos, entretrejiendo materiales diversos, como Justo Lipsio en su laborioso y docto texto de Política.

De todas maneras, y sean cuales fueren esos desaciertos, no he querido ocultarlos, así como tendría que mostrar mi retrato cano y calvo, en el que el pintor no hubiera pintado una cara perfecta, sino la que tengo. Lo que aquí escribo son mis sentimientos y opiniones; yo las expongo porque las creo justas, pero no como algo que todos tengan que creer. No busco nada distinto a descubrirme a mí mismo, lo que acaso será distinto mañana, si nuevos aprendizajes me cambian. Ni tengo autoridad para ser creído ni quiero tenerla, pues me siento demasiado mal educado para educar a los demás.

Un amigo que leyó el anterior capítulo en mi casa, me decía que debía haberme extendido más sobre la educación de los jóvenes. De manera, señora, que si yo tuviese alguna competencia en tal materia, no podría usarla mejor que haciendo un regalo al hombrecito que amenaza salir pronto a la luz (vuestra generosidad no os dejaría comenzar sino con un varón). Habiendo tenido tanto que ver en el arreglo de vuestro matrimonio, tengo derecho e interés en la grandeza y prosperidad de todo lo que provenga de él, además de que la obligación que siento hacia vos me obliga a desear honor, beneficios y ventajas en todo lo que con vos se relacione. Si se algo, señora, es que la dificultad mayor y más importante de la ciencia humana reside en la acertada educación y cultivo de los niños. Así como en la agricultura las labores que preceden a la siembra son sencillas y sin dificultad, pero cuando la planta ha prendido se requieren muchos y difíciles procedimientos para que crezca bien, en cuanto a los hombres no es mucho el esfuerzo que se requiere para plantarlos, pero después de que han nacido sigue una difícil carga, llena de diversos cuidados, inconvenientes y sobresaltos, para educarlos y criarlos.

Sus inclinaciones se muestran tan indecisas y confusas en los primeros años, y tan inciertas y falsas sus promesas, que no es posible basar en ellas ningún juicio seguro. Basta pensar en Cimón y Temístocles y en mil otros, que resultaron tan distintos a lo que parecían de niños. Los oseznos y perritos muestran pronto su inclinación natural, pero los hombres, entregándose desde el comienzo a costumbres, leyes y opiniones, cambian o se disfrazan con facilidad. Como es muy difícil forzar las tendencias o propensiones naturales, puede ocurrir que por no haber elegido bien el camino, uno trabaje sin resultados, empleando largos años en destinar a los niños a cosas en las que no van a servir. A pesar de esta dificultad, mi opinión es que hay que encaminarlos siempre hacia las cosas mejores y más provechosas, sin tener mucho en cuenta las adivinaciones y pronósticos que hacemos a partir de sus rasgos infantiles y a los que el mismo Platón, en su *República*, les da demasiada autoridad.

Señora: la ciencia es un gran adorno, y un instrumento que presta servicios maravillosos, en especial a personas de rango y fortuna, como vos. En verdad, no encuentra buen uso en manos bajas y plebeyas, y se siente más orgullosa ofreciendo su concurso para conducir una guerra, gobernar un pueblo, y frecuentar la amistad de un príncipe o de una nación extranjera, que para ordenar un argumento dialéctico, pronunciar una defensa o preparar una

caja de píldoras. Así, señora, como creo que no olvidaréis esto en la educación de vuestros hijos, vos que habéis gustado la dulzura de las letras y que pertenecéis a una familia letrada (aún poseemos los escritos de los antiguos condes de Foix, de quienes desciende el señor conde vuestro esposo y descendéis vos misma, y Francisco, señor de Candal, vuestro tío, cada día da a luz obras que harán visible esta cualidad de vuestra familia hasta los siglos venideros), quiero expresaros la única opinión que tengo de la educación, contraria a los usos comunes. Esto es lo que puedo hacer en vuestro servicio en este asunto.

La tarea de maestro, de cuya elección depende todo el fruto de su educación, incluye entre sus atribuciones muchas muy importantes, de las cuales no hablaré pues nada puedo aportar de valor acerca de ellas; pero sobre lo que me atrevo a dar mi opinión, debe el maestro creerse solo en lo que él considere aceptable. A un niño noble que cultiva las letras, no como medio de vivir (pues éste es un fin abyecto e indigno de la gracia y favor de las musas, y que implica además depender de otros), ni tampoco para buscar comodidades propias o ajenas, ni para enriquecerse y adornarse con ellas; que se propone más bien ser hombre hábil que sabio, yo quisiera que se prefiriera darle un maestro con una cabeza bien puesta más bien que con una cabeza llena, y que, aunque ambas cosas se requieran, se diera más importancia a las costumbres y la capacidad de juicio que al conocimiento; y a que el maestro se condujera en su cargo de una manera nueva.

La educación parece consistir en un continuo ruido en nuestros oídos, como quien estuviera vaciando algo en un embudo, y nuestro deber fuera solo repetir lo que nos han dicho. Yo quisiera que el maestro corrigiera esto, y desde el primer momento, según el alcance espiritual del discípulo, comenzase a mostrarle las cosas, haciéndoselas gustar, escoger y discernir por sí mismo, a veces mostrándole el camino y a veces dejándole en libertad de buscarlo. Tampoco quiero que el maestro sea el único que invente y hable: es necesario que oiga a su discípulo hablar a su vez. Sócrates, y más tarde Arquesilao, hacían hablar primero, y después hablaban ellos. *Obest plerumque iis, qui discere volunt, auctoritas eorum, qui docent.*²⁸

Bueno es que haga correr a su discípulo ante sus ojos para juzgar su energía y ver hasta qué punto se debe ajustar el ritmo y acomodarlo a sus fuerzas. Si no hay proporción adecuada se desperdicia todo esfuerzo; saber escoger la proporción justa, y conducirse con acierto y mesura es una de las labores más difíciles que conozco: es cosa de un espíritu superior y fuerte saber condescender con los hábitos de la infancia al mismo tiempo que se los controla. Yo camino con mayor seguridad y firmeza al subir que al bajar.

No es raro que aquellos que, como es usual entre nosotros, tratan en una misma clase y con reglas similares de dirigir espíritus diferentes y de diversas medidas y formas, encuentren apenas dos o tres alumnos, de todo un pueblo de muchachos, que saquen algún fruto de la educación recibida.

²⁸ La autoridad de los que enseñan casi siempre daña a los que quieren aprender. Cicerón, *La naturaleza de los Dioses*, I, 5

Que el maestro pregunte al discípulo no sólo las palabras de la lección, sino el sentido y la sustancia; y que juzgue del provecho que ha logrado, no por lo que el alumno tenga en la memoria, sino por su conducta. Que haga que el niño explique lo aprendido de cien maneras diferentes y acomodándolo a cien casos distintos, para que pueda verse si recibió bien la enseñanza y la hizo suya, juzgando sus progresos según el método pedagógico de Sócrates. Es signo de crudeza e indigestión arrojar la carne tal como uno se la comió; el estómago no hizo su trabajo si no transforma la sustancia y la forma de lo que recibió para alimentarse.

Nuestra alma no se mueve sino por préstamo o a crédito, está atada y constreñida dentro de ideas ajenas; es sierva y cautiva de la autoridad de lo que otros enseñan. Nos amarran tanto que después no sabemos movernos con gracia. Nuestro vigor y nuestra libertad se han apagado. *Nunquam tutelae suae fiunt.*²⁹ En Pisa pude hablar en privado con una persona excelente, tan partidaria de Aristóteles, que profesaba como principio básico que la piedra de toque y la regla de toda idea sólida y de toda verdad era su conformidad con la doctrina aristotélica, y que fuera de tal doctrina todo era quimera y vacío; que Aristóteles lo había visto todo y todo lo había dicho. Esta proposición, interpretada en forma amplia y un poco injusta, puso a este hombre en problemas con la inquisición de Roma.

El maestro debe acostumbrar al discípulo a pasar todo por el tamiz y a no dejar entrar a su cabeza nada por simple autoridad y a crédito. Que los principios de Aristóteles, así como los de los estoicos o de los epicúreos, no sean para él tales principios. Más bien se le debe proponer esta diversidad de opiniones: él escogerá si puede, y si no, permanecerá en la duda. Solo los locos creen tener siempre razón y están en todos los casos seguros de lo que saben

*Che nos men che saber, dubbiar m'agrada.*³⁰

Pues si abraza, las ideas de Jenofonte y de Platón, como resultado de su propia reflexión, estas ideas no serán ya de esos filósofos, sino tuyas. Quien sigue a otro no sigue a nadie, no encuentra nada, y ni siquiera busca nada. *"Non sumus sub rege; sibi sique se vidicet".*³¹ Que sepa al menos que es lo que sabe. Es preciso que incorpore el espíritu de los filósofos, pero no que se aprenda sus preceptos. Que olvide con audacia de donde ha sacado su saber, si ha sabido apropiárselo. La verdad y la razón son de todos, y no son ni del que las dijo primero ni del que habla después. Da lo mismo que algo sea según el parecer de Platón que según el mío, pues los dos vemos y entendemos del mismo modo. Las abejas sacan el jugo de las flores de aquí y allá, pero luego elaboran la miel, que es producto suyo, y no es tomillo ni mejorana: así transformará y modificará las nociones prestadas a otros, para con ellas hacer

²⁹ Nunca llegaron a gobernarse a sí mismos. Séneca, *Cartas*, XXXIII

³⁰ Pues no menos que saber, me gusta dudar. Dante, *Infierno*, XI, 93.

³¹ No estamos sometidos a un rey: que cada cual disponga de sí mismo. Séneca, *Cartas*, XXXIII

una obra que sea toda suya, que es su propio juicio. Todo el estudio y todo el trabajo, toda la educación, no busca sino formar el entendimiento.

Que oculte todo aquello de que se ha servido y muestre sólo lo que ha hecho. Los salteadores y los tramposos exhiben sus fincas y las cosas que compran, y no lo que le robaron a otro; tampoco veréis los sobornos que recibe un miembro del parlamento, sino las relaciones que ha formado y los honores que reciben sus hijos: nadie muestra al público lo que recibe, cada cual deja ver solamente sus adquisiciones.

El fruto de nuestro trabajo debe consistir en hacer al alumno mejor y más prudente. Decía Epicarmes que el entendimiento es el que ve y escucha, el que todo aprovecha, dispone de todo, obra, domina y reina; todas las otras cosas son ciegas, sordas y sin alma. Pero convertimos el entendimiento en cobarde y servil, al no dejarle la libertad de dirigirse a sí mismo.

¿Quién preguntó alguna vez a su discípulo que pensaba de la retórica y la gramática, o de tal o cual sentencia de Cicerón? Estas cosas las meten en nuestra memoria, duras como flechas, como oráculos cuyas letras y sílabas hacen parte de su substancia. Saber de memoria no es saber: es guardar en la memoria lo que se ha recibido. Lo que se sabe de verdad se tiene a disposición en todo momento, sin mirar patrón o modelo, sin volver la vista hacia el libro. ¡Pobre capacidad la capacidad que es solo libresca! Acepto que sirva de adorno, pero nunca de fundamento, siguiendo la opinión de Platón, que decía que la firmeza, la fe y la sinceridad son la verdadera filosofía; las ciencias cuyo fin es distinto, no son más que pura carga.

Ojalá Paluel o Pompeyo, esos dos conocidos bailarines, pudieran enseñaran a hacer cabriolas simplemente al verlos hacerlas, sin movernos de nuestros asientos, como pretenden los maestros adiestrar nuestro entendimiento sin hacer que se mueva. Como si pudieran enseñarnos a montar a caballo, a jugar a la pica, a tocar el laúd, o a cantar, sin ejercitarnos en ello, quieren enseñarnos a juzgar bien y a hablar bien sin ejercitarnos ni en hablar ni en juzgar. Ahora bien, para tal aprendizaje, todo lo que pasa ante nuestra vista es libro suficiente: la malicia de un paje, la torpeza de un criado, una discusión de sobremesa, son otros tantos motivos de enseñanza.

Por esto el trato de los hombres es maravillosamente adecuado, así como la visita a países extranjeros, no para contar solamente, como hace la nobleza francesa, los pasos que mide Santa Rotonda o la riqueza de los pantalones de la señora Livia; o como otros, para referir si la cara de Nerón, conservada en alguna vieja ruina, es más larga o más ancha que la de otra medalla de la misma época, sino para conocer el espíritu de los países y sus costumbres y para frotar y limar nuestro cerebro con el de los demás. Yo quisiera que los viajes empezaran desde la infancia, y en primer término, para matar dos pájaros con una sola piedra, por las naciones vecinas en donde el idioma difiera más del nuestro, pues si el aprendizaje de lenguas extranjeras no comienza temprano, la lengua no es capaz de adaptarse a ellas.

Del mismo modo se acepta que no debe educarse a un hijo en el regazo de sus padres; el amor de éstos los entenece demasiado y hace flojos hasta a los más prudentes. Los padres no son capaces de castigar sus faltas, ni de verlo

alimentarse con comidas burdas, como conviene; tampoco podrían soportar verlo sudoroso y polvoriento después del ejercicio, ni bebiendo líquidos demasiado calientes o fríos, ni verlo sobre un caballo brioso, ni frente a un esgrimista o un boxeador, como tampoco disparar la primera arcabuzada. Pues no hay remedio: si queremos convertir a alguien en hombre de bien, no podemos ahorrarle en su juventud tales ejercicios, y hay que ir a veces contra los preceptos de la medicina:

*Vitamque sub dio, et trepidis agat
in rebus.*³²

No basta fortificar sólo el alma, es preciso también endurecer los músculos; está el alma demasiado exigida si no es apoyada, y tiene por sí sola demasiado trabajo si atiende dos oficios. Yo sé cuánto sufre la mía unida a un cuerpo tan flojo y sensible, que tiene tantas veces que apoyarse en ella, y con frecuencia descubro, al leerlos, que mis maestros presentan como actos magnánimos y valerosos, cosas que dependen más del grueso de la piel y de la dureza de los huesos que del valor del alma. He visto hombres, mujeres y niños constituidos de tal modo que sienten un bastonazo menos de lo que yo sufro un pellizco en las narices; que no mueven ni la lengua ni las pestañas ante los golpes que les dan. Cuando los atletas imitan a los filósofos en lo pacientes, más que fortaleza de corazón, muestran vigor de nervios. O al acostumbrarse a soportar el esfuerzo se acostumbran a aguantar el dolor: *Labor callum obducit dolori.*³³ Es preciso habituar al niño a la dureza y aspereza de los ejercicios para acostumbrarlo así al dolor de la dislocación, del cólico, del cauterio, de la prisión y la tortura. Estos males pueden, según los tiempos, recaer tanto sobre los buenos como sobre los malos. Lo hemos experimentado en nuestros días: los que combaten las leyes exponen a muchos hombres de bien al suplicio o la muerte.

La autoridad del preceptor, que debe ser total, se interrumpe o debilita también por la presencia de los padres; a lo cual se une también la consideración que la familia muestra al heredero y el conocimiento que éste tiene de los medios y grandeza de su casa. Esto es algo que en nuestra época produce inconvenientes serios.

En las relaciones entre los hombres, he advertido con frecuencia el defecto de que, en vez de buscar el conocimiento de los demás, nos limitamos a darnos a conocer, y preferimos entregar nuestra mercancía a adquirir una nueva. La modestia y el silencio son cualidades útiles en la conversación. Se acostumbrará al niño a que no haga alarde del saber que haya adquirido; a no contradecir las tonterías y patrañas que se digan en su presencia, pues es descortés censurar lo que nos desagrade. Que él se contente con corregirse a sí mismo y no reproche a los demás lo que él rechaza, ni contradiga las costumbres públicas: *Licet sapere sine pompa, sine invidia.*³⁴ Huya de las

³² Que siga su vida al aire libre, en medio de las amenazas. Horacio, *Odas*, III, ii, 5

³³ El trabajo hace callo contra el dolor. Cicerón, *Tusculanas*, II, xv.

³⁴ El lícito ser sabio sin ostentación ni arrogancia. Séneca, *Cartas*, CIII, fin.

maneras presuntuosas y descorteses, y de la pueril ambición de querer aparecer ante los demás como más sutil de lo que es, y de lograr nombre con críticas y novelerías. Así como sólo es apropiado que los grandes poetas usen las licencias del arte, sólo es tolerable que las almas grandes y los espíritus elevados se tomen el privilegio de ir contra la corriente general. *Si quid Socrates aut Aristippus contra morem et consuetudinem fecerunt, idem sibi ne arbitretur licere: magnis enim illi et divinis bonis hanc licentiam assequebantur*³⁵ Se debe enseñarle a no discutir ni disputar sino cuando se enfrente a un adversario digno de su lucha, y a no emplear todos los argumentos que puedan servirle, sino sólo aquellos que le sirvan más. Que se vuelva cuidadoso en la elección de sus argumentos, atento a su pertinencia y por lo tanto capaz de ser breve. Y que aprenda a entregarse y a deponer las armas ante la verdad, tan pronto la advierta, sea que surja de las palabras de su adversario, o que sus propios argumentos le hagan cambiar de opinión. No debe estar obligado a defender algo por obligación o tarea. Si se compromete con alguna causa, que sea porque la comparta, pues no debe pertenecer al oficio de los que venden por dinero contante y sonante la libertad de poderse arrepentir y de aceptar otras opiniones. *“Neque, ut omnia quae prescripta et imperata sint defendat, necessitate ulla cogitur”*.³⁶

Si el maestro comparte mi opinión, enseñará a su discípulo a ser muy leal servidor de su soberano y además afectuoso y valiente, pero buscando que su cariño al príncipe no vaya más allá de lo que prescribe el deber público. Aparte de otros obstáculos que aminoran nuestra libertad o franqueza por obligaciones especiales, la opinión de un hombre asalariado y comprado, o no es libre y sincera, o termina considerada como imprudente e ingrata. El verdadero cortesano no puede tener más ley ni voluntad que las de su amo, quien entre millares de súbditos lo escogió para mantenerlo y elevarlo. Este favor y estas ventajas corrompen la franqueza del súbdito y lo deslumbran; así vemos de ordinario que el lenguaje de los cortesanos difiere del de las demás gentes y que gozan de poco crédito cuando hablan de estos asuntos.

Que la conciencia y virtud brillen en sus palabras, y que éstas no tengan más guía que la razón. Que se le haga entender que declarar un error que encuentre en sus propios razonamientos, aunque solo él lo haya advertido, es prueba de sinceridad y buen juicio, que son los objetivos principales que se buscan, pues la testarudez y el gusto de discutir son patrimonio de los espíritus bajos, mientras que corregirse y revisar lo dicho, apartarse de una posición errada en el calor de la discusión, son cualidades raras, fuertes y de filósofo.

Debe indicársele que cuando esté en sociedad, esté atento a todos, pues veo que habitualmente los mejores sitios los ocupan las personas menos capaces, y que la grandeza de fortuna no coincide muchas veces con la capacidad. Me ha tocado ver que en la cabecera de la mesa se hablaba de la

³⁵ Si Sócrates o Aristipo han roto la costumbre y los usos, que no se crea que esto le permite hacer lo mismo: en ellos grandes y divinos méritos autorizaban esta licencia. Cicerón, *De Officiis*, I; xli.

³⁶ Nada lo obliga a defender ideas recibidas o prescritas, Cicerón, *Académicas*, II, iii.

belleza de una tapicería o del sabor de la malvasía³⁷, mientras se perdían lo que se decía en la otra punta, muchas veces de mayor valor e interés.

Debe acostumbrársele a sondear los alcances de cada hombre: un boyero, un albañil, un caminante. Debe examinar todo y ser capaz de usarlo, según lo propio de cada mercancía, pues todo puede servir para la casa; la misma tontería y debilidad ajenas le servirán de enseñanza, y al examinar las maneras de los demás se aficionará a las buenas y desdeñará las malas.

Que en su imaginación entre una curiosidad legítima que le haga informarse acerca de todo; debe ver todo lo que haya de curioso alrededor, ya sea un edificio, una fuente, un hombre, el sitio en que se libró una antigua batalla, el paso de César o el de Carlomagno.

Quae tellus sit lenta gelu, quae putris ab aestu;
ventus in Italiam quis bene vela ferat. ³⁸

Y que se informe también de las costumbres, recursos y alianzas de este o aquel príncipe; éstas son cosas que es agradable aprender y útil saber.

Al hablar del trato de los hombres incluyo entre ellos y en forma muy especial a aquellos que ya no viven sino en la memoria de los libros; por medio de los historiadores frecuentará esas grandes almas de los siglos mejores. Para muchas personas este es un estudio inútil, mas para otros es ocupación que da frutos inestimables y la única que según Platón se reservaron los lacedemonios para sí mismos. ¿Qué provechos no podrá obtener con la lectura de las *Vidas* de nuestro Plutarco? Pero que el maestro no pierda de vista cuál es el fin de sus trabajos, que no le importe tanto enseñar a su discípulo la fecha de la ruina de Cartago como las costumbres de Escipión y Aníbal; ni que sepa dónde murió Marcelo, como ver que murió allí por no haber sido digno de su deber. Que más que enseñarle historias, le enseñe como juzgar los hechos. La historia, me parece, es la materia a la que nuestro espíritu se aplica de forma más diversa: yo he leído en Tito Livio cien cosas que otros no han leído. Plutarco encontró allí cien cosas que yo no supe encontrar, y probablemente muchas en las que el autor ni siquiera pensó. Para algunos la historia es un simple estudio erudito, para otros la anatomía de la filosofía, que explica las partes más ocultas de la naturaleza humana. Hay en Plutarco muchos discursos extensos, muy dignos de saberse, y según mi opinión, es el maestro más hábil de tales materias; pero hay mil temas que apenas toca, señalando sólo con un dedo el camino que podemos seguir si queremos avanzar más, y se contenta a veces con dar solo un golpe en el centro mismo del problema. Es preciso arrancar estas indicaciones sueltas de donde se encuentran y ponerlas en un sitio en que se vena. Como cuando dice que los habitantes de Asia obedecían a un jefe único, sólo porque ignoraban la pronunciación de una simple sílaba, la sílaba **No**: esto tal vez dio tema y motivo a La Boétie para escribir la *Servidumbre voluntaria*. Y vemos cómo escoge una acción menor en

³⁷ Tipo de uva del Loira que produce un vino suave y aromático.

³⁸ Qué suelo hace pesado el hielo o polvoriento el calor, /qué viento impulsa el velero hacia Italia. Propercio, IV, iii, 39-40

la vida de un hombre, o una palabra, que no parece tener importancia: pero esto mismo es todo un argumento. ¡Lástima que los hombres sabios gusten tanto de la concisión! Sin duda con ello su reputación vale más, pero nosotros, a causa de eso, nos valemos menos de ellos. Plutarco prefiere que lo estimemos por sus juicios más bien que por su saber; prefiere que en vez de sentirnos saciados nos quejemos por lo que nos hace falta, y sabe que puede hablarse demasiado hasta de las cosas excelentes, y que Alexandridas censuró con justicia a un hombre que hablaba con acierto a los Éforos³⁹, pero que se alargaba demasiado: «¡Oh, extranjero, nos dices lo que es necesario, pero en una forma innecesaria!» Los que tienen el cuerpo flaco lo abultan con rellenos; así los que tienen ideas insignificantes las inflan con palabras.

La frecuentación del mundo da una maravillosa claridad en el juicio de los hombres; vivimos encerrados y aislados en nosotros mismos y nuestra vista no va más allá de nuestras narices. Al preguntarle a Sócrates por su patria, no respondió: "Soy de Atenas", sino "Soy del mundo". Como tenía la imaginación más amplia y comprensiva, abrazaba el universo como su ciudad natal, extendiendo su conocimiento, sociedad y afectos a todo el género humano, no como nosotros que sólo miramos a lo que nos toca de cerca. Cuando las viñas se hielan en mi pueblo, asegura el cura que es un castigo que el Señor envía al género humano, y afirma que hasta los caníbales mueren de sed. Al ver nuestras guerras civiles, ¿quién no piensa que el mundo se derrumba y que llega el día del juicio final, sin ver que peores cosas se han visto, y que hay diez mil partes del universo donde las cosas no están tan mal y hace buen tiempo? Yo, viendo tanta corrupción e impunidad en mi país, me sorprende más bien de que nuestros males sean tan suaves y blandos. Quien recibe granizo sobre su cabeza cree que en todas partes hay tempestad. Como decía un saboyano, que si el tonto del Rey de Francia hubiera sido más hábil para manejar sus intereses, hubiera llegado a mayordomo de su duque: su cabeza no concebía jerarquía más elevada que la de su amo. Insensiblemente todos caemos en tal error, que trae graves consecuencias y perjuicios. Pero quien se represente como en un cuadro esta dilatada imagen de nuestra madre naturaleza en su cabal majestad; quien lea en su rostro su general y constante variedad; quien no solo se mire a sí mismo, sino a todo un reino, como el trazo de una fina pluma, sólo ése estima las cosas en su justa magnitud.

Este amplio mundo, que algunos creen que se multiplica en otros mundos, como las especies de un género, es el espejo en que debemos contemplar nuestra imagen para conocernos bien. En suma, lo que quiero es que el libro de texto de nuestro escolar sea el mundo. La diversidad de caracteres, sectas, juicios, opiniones, leyes y costumbres, nos enseña a juzgar rectamente de los nuestros, y enseña a nuestro juicio a reconocer su imperfección y su natural debilidad; y este aprendizaje no es despreciable. Tantas sacudidas y cambios en la fortuna pública, nos enseñan a no valorar en demasía nuestra propia fortuna; tantos nombres, tantas victorias y conquistas enterrados en el olvido, hacen ridícula la esperanza de eternizar nuestro nombre por habernos apoderado de diez soldaditos y de un gallinero, conocidos solo por haber caído en nuestras manos. El orgullo y la vanidad de tantas extrañas pompas, la

³⁹ Magistrados espartanos.

majestad inflada de tantas cortes y grandezas nos afirma y asegura la vista para enfrentar el brillo de los nuestros sin deslumbrarnos; tantos millares de hombres enterrados antes que nosotros nos dan la fuerza para que no temamos ir a encontrar al otro mundo tan excelente compañía. Y así con todo lo demás.

Nuestra vida, decía Pitágoras, se parece a la grande y populosa asamblea de los juegos olímpicos; unos ejercitan su cuerpo para alcanzar fama en los juegos; otros llevan mercancías para ganar algo con su venta. Y hay otros, que no son los más insignificantes, que no buscan sino cómo y porqué pasa cada cosa, y ser espectadores de la vida de los demás hombres, para juzgarla y ordenar la propia.

A estos ejemplos se podrán hacer corresponder todas las sentencias más provechosas de la filosofía, que es la piedra de toque con la cual deben juzgarse los actos humanos. Se le enseñará

Quid fas optare, quid asper
utile nummus habet; patriae carisque propinquis
quantum elargiri deceat: quem te Deus esse
Iussit et humana qua parte locatus es in re;
quid sumus, aut quidam victuri gignimur...⁴⁰

qué es saber y qué ignorar; cuál debe ser el fin del estudio; qué cosas son el valor, la templanza y la justicia; la diferencia que hay entre la ambición y la avaricia, la servidumbre y la sujeción, la libertad y la licencia, cuales son los rasgos que permiten reconocer la alegría verdadera y firme; hasta qué punto hay que temer la muerte, el dolor y la deshonra;

Et quo quemque modo fugiatque feratque laborem; ⁴¹

cuáles resortes nos mueven y la causa de nuestras múltiples agitaciones. Pues me parece que las primeras razones que deben penetrar su inteligencia son las que dirijan sus costumbres y su juicio; las que le enseñen a conocerse, a vivir bien y morir bien. Entre las artes liberales, comencemos por la que nos hace libres. Todas contribuyen a la instrucción de nuestra vida y conducta, como tantas otras cosas; pero elijamos aquélla de utilidad más directa y más pertinente para nosotros.

Si supiéramos limitar lo que requerimos en nuestra vida a sus límites justos y naturales, veríamos que la mayor parte de las ciencias que se estudian son inútiles para nuestros propios fines; y que aun entre las de utilidad reconocida, hay muchas partes profundas y extensas muy poco útiles. Por esto

⁴⁰ Que debemos querer, para que nos sirve el dinero que ganamos con esfuerzo; que piden de nosotros la patria y la familia, lo que Dios nos ha ordenado hacer, la parte que como hombres nos corresponde en el mundo, que somos y con qué objeto nacimos... Persio, III, 69-73

⁴¹ Y como evitar o soportar las penas. Virgilio. *Eneida*, III, 459

haríamos mejor en dejar esas cosas de lado y, siguiendo el criterio de Sócrates sobre la educación, limitando nuestros estudios a los temas que nos sean útiles.

Sapere aude,
incipit: vivendi qui recte prorogat horam
rusticus expectat dum defluat amnis; at ille
labitur, et labetur in omne volubilis aevum.⁴²

Es ingenuo enseñar a nuestros hijos

Quid moveant Pisces, animosaque signa Leonis,
Lotus et Hesperia quid Capricornus aqua;⁴³

la ciencia de los astros y el movimiento de la octava esfera antes que los suyos propios:

**Τί Πλειάδεςσι κάμοι;
Τί δ' ἀστράσιν Βοώτεω;**⁴⁴

Anaxímenes escribía a Pitágoras: «¿Qué gusto puedo sacar de los secretos de las estrellas cuando tengo presentes ante mis ojos la muerte y la servidumbre?» (Pues en aquella época los reyes persas preparaban la guerra contra los griegos). Cada cual debe entonces pensar: «Arrastrado por la ambición, la avaricia, la temeridad, la superstición, y tendiendo dentro tantos enemigos de la vida, ¿es lícito que me preocupe del movimiento del mundo?»

Después de haberle enseñado todo cuanto contribuya a hacerlo más sabio y juicioso, se le mostrará qué cosas son la lógica, la física, la geometría, la retórica; cuando tenga el juicio formado, aprenderá sin dificultad la ciencia particular que haya escogido. La clase se hará a veces por medio de discusiones, y a veces por medio de los libros; a veces el maestro le dará la lección a partir de los mismos autores adecuados al tema, y a veces le ofrecerá la médula y la sustancia del mismo tema bien masticadas. Y si el discípulo no tiene la habilidad suficiente para encontrar en los libros todo lo bueno que contienen para lo que busca aprender, deberá dársele un maestro especial para que frente a cada necesidad busque y entregue los materiales necesarios para alimento del alumno. Que esta enseñanza deba ser más útil y natural que la de Theodoro de Gaza, ¿quién puede dudarlo? Este gramático seguía reglas difíciles y fastidiosas, usaba palabras vanas y sin substancia, sin nada de

⁴² Atrévete a saber, ya mismo! Quien se demora en vivir bien es como el campesino que espera que se seque el arroyo para pasarlo, mientras fluyen eternamente las aguas. Horacio, *Epístolas*, I, ii, 40-33

⁴³ El poder de Piscis, los signos activos del León y Capricornio y las aguas hespérides. Propercio, IV, 4, 85-86

⁴⁴ ¿Que me importan las Pléyades/ los astros del Boyero? Anacreonte, *Odas*, XVII, 10-11.

donde agarrarse, sin nada que despertara el espíritu. En el método que yo preconizo, el espíritu encuentra qué morder y con qué nutrirse; el fruto que se alcanza es sin comparación mayor, y así madurará más pronto.

Es cosa rara que en nuestro siglo la filosofía sea, hasta para las personas de buen entendimiento, una ciencia vana y quimérica, sin valor ni utilidad, ni como opinión ni por sus efectos. Creo que la causa de esto es que sus amplias avenidas están invadidas por discusiones escolásticas. Es error grande presentar la filosofía como inaccesible a los niños, pintándola como de rostro seco, adusto y terrible. ¿Quién le ha puesto esta máscara pálida y odiosa? Nada hay más alegre, divertido, jovial, y hasta juguetón que la filosofía. Ella no anuncia sino fiesta y buen tiempo. Un rostro triste y agobiado proclama que la filosofía no está allí. Demetrio el gramático encontró en el templo de Delfos una reunión de filósofos y les dijo: «O me engaño, o al veros en actitud tan tranquila y alegre, deduzco que no sostenéis debate alguno.» A lo cual uno de ellos, Heracleo de Megara, respondió: «Bueno es eso para los que enseñan si el futuro del verbo **βαλλω** duplica la **λ**, o para los que estudian los derivados de los comparativos **Χείρον** y **βέλτιον** y de los superlativos **χειριστον** y **βέλτιστον**; pues quién no va a fruncir el ceño dedicándose a tal ciencia. Pero en lo que toca a los discursos de la filosofía, alegran y regocijan a los que los siguen, en vez de entristecerlos y aburrirlos.»

Deprendas animi tormenta latentis in aegro
corpore, deprendas et gaudia: sumit utrumque
inde habitum facies.⁴⁵

El alma que alberga la filosofía debe, por su propia salud, hacer sano el cuerpo. Debe lucir su reposo y bienestar; debe formar a su semejanza el porte externo y darle, por consiguiente, una dignidad agradable, un gesto activo y alegre y un semblante contento y gracioso. La señal más segura de sabiduría es un buen humor constante; su estado, como el de las cosas del otro lado de la luna, siempre sereno. Son *Baroco* y *Baralipton*,⁴⁶ los que dan a sus seguidores un aire tan ridículo y convierten el conocimiento en algo tan tenebroso y artificial, no la ciencia, que no conocen sino de oídas. ¡Cómo! La filosofía serena las tempestades del alma; enseña a tomar con humor las fiebres y el hambre, no valiéndose de principios imaginarios, sino de razones naturales y palpables. Tiene como meta la virtud, la cual no está, como dicen los escolásticos, en la cúspide de un monte escarpado e inaccesible; los que la han visto de cerca, saben, por el contrario, que está situada en una hermosa planicie, fértil y floreciente, desde la cual contempla todas las cosas; y quien sabe como llegar a ella, lo hace fácilmente, por caminos con prados, sombreados y floridos, de suave y amena pendiente, como la de las bóvedas

⁴⁵ Se inquieta el alma si el cuerpo tiene malestares; pero ella deja también adivinar sus placeres, pues el rostro expresa ambos estados. Juvenal, *Sátira IX*, 18-20

⁴⁶ Dos términos inventados para memorizar las diecinueve clases de silogismos que existían según la lógica escolástica. La artificialidad de esta enseñanza hizo que el término de "baroco" se usara para indicar un arte igualmente artificial y sobrecargado. (N. del T).

celestes. Por no haber logrado alcanzar esta virtud suprema, bella, triunfante, amorosa y deliciosa, a la par que valerosa, enemiga expresa e irreconciliable de toda acidez, disgusto, temor y coacción, que tiene por guías la naturaleza, y por compañeras la fortuna y el placer, los pedantes la han mostrado con semblante triste, querelloso, despechado, amenazador y amargado, y la han puesto sobre una escarpada roca, en medio de abrojos, como un fantasma destinado a aterrar las gentes.

Nuestro preceptor, que sabe que debe llenar la voluntad de su discípulo de tanto o más amor que respeto por la virtud, le mostrará que los poetas siguen los sentimientos de todo el mundo, y le hará ver de un modo palpable que los dioses se han mostrado siempre más atraídos por Venus que por Minerva. Cuando el niño comience a despertar a estos sentimientos, le ofrecerá a Bradamante o a Angélica por amadas: una de belleza natural, activa, generosa; no hombruna, sino viril; la otra de una belleza blanda, afectada, delicada, artificial: la primera disfrazada de muchacho, cubierta la cabeza con un brillante casco; la otra con traje de doncella, con un gorro cubierto de perlas en la cabeza. El maestro juzgará varonil su amor si escoge en forma diferente al afeminado pastor de Frigia.⁴⁷

El maestro enseñará algo nuevo: que el valor y altura de la verdadera virtud están en la facilidad, utilidad y placer de su ejercicio, tan apartado de dificultad, que los niños pueden practicarla como los hombres, así los más simples como los muy sutiles. Su instrumento es la moderación y no la violencia. Sócrates, el gran maestro, dejó de lado el esfuerzo de la virtud, para dejarse llevar por la facilidad y sencillez de su marcha. La virtud es la madre que alimenta los placeres humanos, y al mantenerlos en el punto justo, los hace puros y seguros. Al moderarlos, los mantiene controlados y nos hace desearlos; al eliminar los placeres que rechaza, nos impulsa con más fuerza hacia los que nos deja; y nos deja con abundancia los placeres que la naturaleza quiere, y sólo hasta la saciedad, como una madre, ya que no hasta el agotamiento, a menos que creamos que el control que frena al bebedor antes de la borrachera, al glotón antes de la indigestión y al lascivo antes de la calvicie, sean enemigos de nuestros placeres. Si la fortuna de unos placeres le falta, la virtud hace que pueda prescindir de ellos y no los eche de menos, forjándose otros todos suyos, ni inciertos ni huidizos. Sabe la virtud ser rica, poderosa y sabia y reposar en colchones perfumados; ama la vida, la belleza, la gloria y la salud, pero su tarea propia es saber usar con moderación tales bienes y saberlos perder con tranquilidad: oficio más noble que rudo, sin el cual toda vida se desnaturaliza, agita y deforma, y puede a justo título representarse llena de escollos, espinas y monstruos.

Si el discípulo es de tal condición que prefiere oír una fábula a la narración de un viaje interesante o a escuchar una máxima profunda; si no responde al toque del tambor, que despierta el juvenil ardor de sus compañeros, y se va más bien a ver las diversiones de los titiriteros; si no encuentra más agradable y dulce volver polvoriento y victorioso de un combate, que del baile o del juego de pelota, con el premio de estas diversiones, no encuentro remedio distinto a

⁴⁷ Paris, el pastor de Frigia, escogió a Venus, diosa del amor, en vez de Minerva, diosa de la sabiduría, o Juno. (N. del T).

que el preceptor le estrangule lo más pronto posible, cuando nadie lo vea, o que lo ponga de aprendiz en la pastelería de alguna ciudad, aunque sea el hijo de un duque, siguiendo el precepto de Platón, que dice que a los hijos hay que darles un trabajo que corresponda a sus habilidades y no a las capacidades y talentos de los padres.

Puesto que la filosofía nos instruye a vivir y la infancia es tan apta como las otras edades para recibir sus lecciones, ¿qué razón hay para no suministrárselas?

Udum et molle lutum est; nunc properandus, et acri
fingendus sine fine rota.⁴⁸

Se nos enseña a vivir cuando la vida ya ha pasado. Cien estudiantes han tenido una enfermedad venérea antes de haber estudiado lo que dice Aristóteles sobre la templanza. Decía Cicerón que, aun cuando viviera la vida de dos hombres, no perdería el tiempo estudiando los poetas líricos. Yo encuentro a nuestros tristes escolásticos mucho más inútiles. Nuestro niño tiene mucha más prisa; no debe a la pedagogía sino los primeros quince o dieciséis años de su vida; el resto pertenece a la acción. Empleemos un tiempo tan corto sólo en las enseñanzas necesarias; apartemos todos esos abusos, esas sutilezas espinosas de la Dialéctica, de las que nuestra vida no saca nada; tengamos en cuenta sólo los sencillos discursos de la filosofía, sepamos escogerlos y emplearlos oportunamente: son más fáciles de entender que un cuento de Boccaccio; un niño recién destetado es más capaz de entenderlos que de aprender a leer y a escribir. La filosofía ofrece discursos tanto para el nacimiento del hombre como para su decrepitud.

Soy del parecer de Plutarco: Aristóteles no divirtió tanto a su gran discípulo Alejandro con los artificios de la composición de silogismos ni con los principios de la geometría sino instruyéndolo con buenos preceptos sobre el valor, el coraje, la magnanimidad y la templanza, y la seguridad de no temer nada. Con este equipo lo mandó, siendo casi un niño, a dominar el mundo con treinta mil infantes, cuatro mil soldados de a caballo y cuarenta y dos mil escudos solamente. Aristóteles dice que Alejandro honraba las demás artes y ciencias; y alababa su excelencia e ingenio, pero por más que le gustaran, no era fácil que dejara que su afición lo llevara a querer practicarlas.

*Petite hinc, juvenesque senesque
finem animo certum, miserisque viatica canis.*⁴⁹

Dice Epicuro, al principio de su carta a Meniceo, «que ni el joven se niega a filosofar ni el más viejo se cansa de hacerlo». Con esto parece decir que quien

⁴⁸ El barro es húmedo y blanco: apurémonos para que el giro del torno nos permita darle forma. Persio, III, 23-25.

⁴⁹ Seguid una regla firme, jóvenes y ancianos, y para en la triste vejez apoyaos en un bastón. Persio, V, 64

no lo hace, es porque no ha llegado al punto de vivir feliz o ya pasó ese momento.

Por todas las razones dichas no quiero que se aprisione al joven. No quiero que se le deje a merced del humor melancólico de un furioso maestro de escuela; no quiero que su espíritu se corrompa teniéndole como en prisión, trabajando durante catorce o quince horas, como un mozo de cordel, ni aprobaría que, si el alumno, por un talante solitario y melancólico, se entrega al estudio de los libros de modo excesivo, se le anime a ello: esto lo hace inepto para el trato social y lo aparta de mejores ocupaciones. ¡Cuántos hombres he visto atontados por la avidez temeraria de ciencia! El filósofo Carneades se enloqueció tanto por el estudio que jamás se cortaba el pelo ni las uñas. No quiero que se alteren las disposiciones generosas del adolescente a causa de la incivilidad y barbarie de otros. Un proverbio antiguo se refería a la sabiduría francesa, diciendo que empezaba en los primeros años y pero no duraba nada. Es cierto que todavía vemos que no hay nada tan simpático como los niñitos en Francia; pero ordinariamente defraudan las esperanzas que hicieran concebir, y cuando se hacen hombres, no muestran ninguna cualidad excelente. He oído asegurar a personas inteligentes que esos colegios a los que tienen que ir, y de lo que hay tantos, son los que los embrutecen.

A nuestro discípulo, el cuarto de estudio, un jardín, la mesa y el lecho, la soledad, la compañía, la mañana y la tarde, todas las horas, le serán apropiadas y todos los lugares le servirán para el estudio, pues la filosofía, que como formadora del entendimiento y costumbres constituirá su principal enseñanza, goza del privilegio de mezclarse en todas las cosas. En un banquete pidieron a Isócrates, el orador, que hablara de su arte, y todos están de acuerdo en que tuvo razón al contestar "Ahora no es el momento oportuno para lo que yo sé hacer, y lo que es oportuno ahora, yo no lo sé hacer". En efecto, hacer discursos, o proponer discusiones retóricas ante personas que están reunidas para divertirse y gozar, habría estado fuera de sitio. Y lo mismo puede decirse de cualquiera otra ciencia. Mas en lo que toca a la filosofía, en la parte que trata del hombre y de sus deberes, todos los sabios han opinado que por ser apropiada para la conversación agradable no debe rechazarse ni en las fiestas ni en las diversiones: Platón la invitó a su *Banquete*, y podemos ver qué tan fácilmente ayudaba a los convidados en forma amena y apropiada al tiempo y lugar, aunque se trataran los más elevados y sabios discursos.

Aeque pauperibus prodest, locupletibus aeque;
et, neglecta, aeque pueris sensibusque nocebit.⁵⁰

Así, nuestro discípulo vagará menos que los demás. Pero así como los pasos que gastamos paseando por un claustro, aunque sean tres veces más que los que necesitamos para recorrer un camino fijado de antemano, nos cansan menos, de la misma manera nuestra enseñanza, administrada como al azar, sin obligaciones de tiempo ni lugar, y uniéndose a todas nuestras

⁵⁰ Tan útil para los pobres como para los ricos, y sufrirán los niños y los viejos si la abandonan. Horacio, *Epístolas*, I, i, 25-26

acciones, avanzará sin dejarse sentir. Los mismos juegos y los ejercicios corporales constituirán una parte del estudio, y lo mismo la carrera, la lucha, la música, la danza, la caza, el manejo del caballo y de las armas. Yo quiero que el decoro exterior, el don de gentes y el aspecto todo de la persona sean modelados al mismo tiempo que el alma. No es un alma o un cuerpo lo que se forma, sino un hombre: no hay que hacer dos seres de él. Como dice Platón, no hay que dirigir el uno sin el otro, sino conducirlos al mismo ritmo, como se conduce un tronco de caballos con una sola rienda. Y si lo oímos bien, parece dar más tiempo y solicitud a los ejercicios corporales que a los del espíritu, y pensar que éste aprovecha cuando aquel se ejercita, mientras que lo contrario no es cierto

En todo caso, la educación debe conducirse con una severa dulzura, no como se practica generalmente: en lugar de atraer a los niños al estudio de las letras, se las muestra sólo como si fueran cosa de horror y crueldad. Que se proscriban la violencia y la fuerza: no hay nada en mi opinión que corrompa y trastorne tanto una naturaleza bien nacida. Si queréis que el niño tema la deshonra y al castigo, no lo endurezcáis ante ellos. Acostumbradlo más bien a la fatiga y al frío, al viento, al sol, a los accidentes que debe menospreciar. Quitadle toda blandura y delicadeza en el vestir y en el dormir, en el comer y en el beber; acostumbradlo a todo. Que no se convierta en un joven hermoso y afeminado, sino que sea un muchacho lozano y vigoroso. He creído esto siempre siendo niño, joven y viejo, y siempre me ha chocado que la mayor parte de los colegios sigan estos procedimientos: si se hubieran inclinado a la indulgencia seguramente habrían logrado mejores resultados. Los colegios son verdaderas cárceles para la juventud cautiva, a la cual se convierte en relajada castigándola antes de que lo sea. Visitad un colegio a la hora de las clases, y no oiréis más que gritos de niños maltratados y maestros enloquecidos por la cólera. ¡Buena manera de despertar el deseo de saber en almas tiernas y temerosas, guiarlas así con el rostro feroz y el látigo en la mano! Cosa inicua y perniciosa. Quintiliano dice con razón que esta autoridad imperiosa produce consecuencias peligrosas, en especial las formas de castigo, ¿No sería más decente ver la escuela sembrada de hojas y flores, que de varas de mimbre ensangrentadas? Yo pondría en ella los retratos de la Alegría, el Regocijo, Flora y las Gracias, como los puso en la suya el filósofo Espeusipo. Que donde este el provecho de los niños esté también su placer. Los alimentos saludables deben dulcificarse, y los dañinos amargarse.

Es maravilloso ver como Platón se preocupa en sus *Leyes* por el deleite y la alegría y los pasatiempos de los jóvenes de su ciudad, y cómo se detiene en hablar de sus carreras, juegos, canciones, saltos y danzas, de los cuales dice que la antigüedad concedió la dirección a los dioses mismos: Apolo, las Musas, y Minerva. Se extiende en mil preceptos relativos a sus gimnasios; en la enseñanza de las letras se detiene muy poco, y no parece recomendar la poesía sino por la música que la acompaña.

Toda rareza y singularidad en nuestros usos y costumbres debe evitarse como enemiga de la comunicación y de la sociedad y como monstruosa. ¿Quién no se maravillará de la forma de ser de Demofón, mayordomo de Alejandro, que sudaba a la sombra y tiritaba en el sol? Yo he visto alguien que

huía del olor de las manzanas con más horror que del disparo de los arcabuces; otros aterrorizados con un ratón; otros a quienes la vista de la nata hacía vomitar; otros que no podían ver sacudir un colchón de plumas. Germánico no aguantaba los gallos ni su canto. Puede quizás haber alguna razón oculta de tales rarezas, pero ésta se extinguirá sin duda si se le busca remedio en forma oportuna. La educación, aunque con algunos esfuerzos, ha logrado que mi apetito se acomode con indiferencia a todo alimento, menos a la cerveza. Cuando el cuerpo está todavía flexible es posible acostumbrarlo a todos los hábitos y costumbres. Y siempre que puedan mantenerse el apetito y la voluntad domados, debe hacerse al joven apto para vivir en todas las naciones y en todas las compañías, e incluso, si es preciso, que no le sean extraños el desorden y los excesos. Que sus costumbres sigan el uso común; que pueda hacer todas las cosas pero no quiera hacer sino las buenas. Los filósofos mismos no alababan que Calistenes perdiera el favor de Alejandro, su señor, por no haber querido beber tanto como él. Nuestro joven reirá, loqueará y se dejará llevar a la diversión con el príncipe, Incluso debe superar a sus compañeros en vigor y firmeza para el desenfreno, pues no debe evitar el mal por falta de fuerzas ni de capacidad, sino por falta de voluntad. *Multum interest utrum peccare aliquis nolit aut nesciat.*⁵¹

Tratando de honrarle, pregunté a un señor, enemigo como nadie de toda suerte de excesos, cuántas veces se había emborrachado en Alemania, por ser conveniente para los negocios del rey de Francia. Lo tomó bien y me contestó que tres, y me dijo en qué circunstancias. Sé de algunos que por no ser capaces de hacerlo pasaron graves dificultades en esta nación. Siempre he admirado mucho la maravillosa naturaleza de Alcibiades, que se acomodaba tan fácilmente a las situaciones más diversas, sin que su salud sufriese: superaba a veces la suntuosidad y pompa persas y demostraba a veces la austeridad y frugalidad lacedemonias; era un "reformado" en Esparta, y un voluptuoso en Jonia:

Omnis Aristippum decuit color, et status, et res.⁵²

Así quisiera yo formar a mi discípulo.

Quem duplici panno patientia velat,
mirabor, vitae via si conversa decebit,
personamque feret non inconcinnus utramque.⁵³

Estas son mis lecciones, Y aprovecharán más a quien las practique que a quien las sepa. Lo que se ve se oye, lo que se oye se ve. ¡Por Dios., dice un

⁵¹ Es muy distinto no querer hacer el mal y no saber hacerlo. Séneca, *Cartas*, XC

⁵² Todo era apropiado para Aristipo, el vestido, el nivel, la condición. Horacio, *Epístolas*, I, xvii, 23.

⁵³ Que se vista con un paño doblado con cuidado, y lo admiraré si está de acuerdo con los usos y si es capaz de manejarse en ambos casos. Horacio, *Epístolas*, I, xvii, 25-26 y 29.

personaje de los diálogos de Platón, que filosofar no consista en aprender diversas ciencias y la práctica de las artes!

*Hanc amplissimam omnium artium bene vivendi disciplinam, vita magis, quam litteris, persecuti sunt.*⁵⁴

León, príncipe de los filiasenos, preguntó a Heráclito Póntico cuál era la ciencia o arte que ejercía: «No se arte ni ciencia alguna: soy filósofo», respondió. Se reprochaba a Diógenes que siendo ignorante discutiera sobre filosofía: «Por eso puedo hablar de ella mucho mejor», repuso. Hegesias le rogó que le leyera algo: «Bromeáis, repuso Diógenes; así como preferís las brevas de verdad y naturales a las pintadas, así debéis preferir también las enseñanzas naturales, auténticas, a las escritas.»

El discípulo no recitará la lección sino que la practicará; la repetirá en sus acciones. Se verá si tiene prudencia viendo sus empresas; si tiene bondad y justicia mirando su conducta; si tiene juicio y gracia oyendo su conversación, vigor, en sus enfermedades, modestia en sus juegos, moderación en sus placeres, indiferencia en sus gustos, ya se trate de carne o pescado, de vino o agua, orden en el manejo de sus bienes

*Qui disciplinam suam, non ostentationem scientiae, sed legem vitae putet; quique obtemperet ipse sibi, et decretis pareat.*⁵⁵

El verdadero espejo de nuestros discursos es el curso de nuestras vidas. Zeuxidamo contestó a alguien que le preguntaba por qué los lacedemonios no escribían sus recomendaciones para los concursos, para que las leyeran los jóvenes, que preferían acostumarlos a los hechos y no a las palabras. Comparad, a los quince o dieciséis años, a nuestro discípulo con uno de esos pseudolatinistas de colegio, que habrá gastando todo su tiempo sólo en aprender a hablar. El mundo no es más que pura charla, y no hay hombre que hable menos de lo que debe, y la mitad del tiempo que vivimos se pasa hablando. Nos mantienen cuatro o cinco años oyendo palabras y enseñándonos a hilvanarlos en cláusulas; otro tanto para saber hacer una exposición amplia, divida en cuatro o cinco partes, y otros cinco para darle una forma sutil y compleja. Dejemos todo esto a quienes lo convierten en su oficio.

Yendo un día hacia Orleáns encontré, antes de llegar a Clery, dos pedagogos que venían de Burdeos; a cincuenta pasos el uno del otro; más lejos, detrás de ellos, vi una tropa que marchaba con su jefe a la cabeza, que era el difunto conde de la Rochefoucault. Uno de los míos preguntó a uno de los profesores quién era el gentilhomme que caminaba tras él, y el maestro, que no había visto a los soldados que lo seguían, y que creía que le hablaban

⁵⁴ Este arte importantísimo de vivir bien lo aprendieron más de la vida que de las letras. Cicerón, *Tusculanas*, IV, iii

⁵⁵ Que el conocimiento le sirva no para lucirse, sino como regla de vida, y que sepa obedecerse a sí mismo y someterse a sus propios principios. Cicerón, *Tusculanas*, II, iv

de su compañero, respondió en burla: «No es un gentilhomme, es un gramático, y yo un lógico.» Ahora bien; nosotros, que queremos formar no un gramático ni un lógico, sino un gentilhomme, dejémosles perder el tiempo; nosotros tenemos mucho que hacer. Si nuestro discípulo está bien provisto de realidades, le sobrarán las palabras, y si no quieren venirle de gusto, le vendrán a la fuerza. Oigo a veces a personas que se excusan por no saberse expresar y simulan tener en la cabeza muchas cosas que decir, pero que por falta de elocuencia no pueden formular: Eso es pura mentira. ¿Sabes lo que creo que les pasa? Que lo que tienen en la cabeza son sombras, que proceden de concepciones confusas, que no pueden desenredar ni aclarar dentro de su cerebro, y por eso no pueden sacarlas afuera: ni siquiera se entienden a sí mismos. Al ver como tartamudean en el momento de dar a luz sus ideas, se descubre que el problema no está en el nacimiento sino en la concepción misma de sus ideas. No hacen más que soltar una materia todavía imperfecta. Por mi parte creo, y Sócrates así lo dice, que quien tiene en su espíritu una concepción clara y viva, podrá siempre expresarla, aunque sea en bergamasco; y hasta por gestos, si es mudo:

*Verbaque praevisam, rem non invita sequentur*⁵⁶

Y como decía Seneca en prosa, tan poética y acertadamente: *quum res animum occupavere, verba ambiunt*,⁵⁷ y Cicerón: *ipsae res verba rapiunt*.⁵⁸ Sin saber lo que es ablativo, subjuntivo y sustantivo, ni gramática; tan ignorante como su sirviente o una sardinera del Puente Chico, hay quien te hablará a tu gusto, si lo quieres, y violando algo, al azar, las reglas del idioma, pero como el mejor de los maestros de Francia. Desconoce la retórica, no sabe cómo hay que captar de antemano la benevolencia del desprevenido lector, y poco le importa no saberlo. En verdad, todos los adornos artificiales de la pintura se desvanecen frente al brillo de una verdad ingenua y sencilla.

Esos adornos sólo sirven para cautivar al vulgo, incapaz de soportar los alimentos más fuertes y vigorosos, como muestra Afer claramente en un escrito de Tácito. Los embajadores de Samos vinieron ante Cleómenes, rey de Esparta, preparados con hermosos y largos discursos, para impulsarlo a que hiciera la guerra al tirano Polícrates. Después de que los dejó hablar cuanto quisieron, les respondió: «En cuanto a vuestro comienzo y exordio, ya no lo recuerdo, ni por consiguiente tampoco lo del medio; y por lo que respecta a la conclusión, no pienso seguirla.» Me parece que esta fue una buena respuesta, y unos oradores bien frustrados a pesar de sus esfuerzos ¿Quieres otro ejemplo? Los atenienses debían escoger entre dos arquitectos para hacer un gran edificio; el primero de ellos, más pomposo, vino con un largo y preparado discurso premeditado sobre el asunto en cuestión, y estaba logrando los aplausos del pueblo. El segundo apenas dijo: «Señores atenienses: lo que éste ha dicho, yo lo haré.» Ante la elocuencia de Cicerón muchos se admiraban,

⁵⁶ Si se tiene clara la idea, las palabras seguirán sin esfuerzo. Horacio, *Arte poético*, 311

⁵⁷ Cuando las cosas llenan el pensamiento, las palabras se presentan por sí mismas. Séneca, *Controversias* III, Proemio.

⁵⁸ Las cosas mismas arrastran las palabras. Cicerón, *De finibus*, III, v.

pero Catón se reía: «Tenemos un gracioso cónsul», decía. Una sentencia útil, una frase hermosa, siempre caen bien, no importa si están adelante o detrás. Aunque no cuadren bien con lo que sigue o lo que precede, están bien en sí mismos. Yo no soy de los que creen que un buen ritmo haga un buen poema; dejad al poeta alargar una sílaba corta, si lo quiere. No nos quejemos por ello: si las invenciones son animadas, si el espíritu y las ideas han hecho bien su trabajo, tenemos un buen poeta, diré yo, aunque sea un mal versificador:

Emunctae naris, durus componere versus⁵⁹

Dice Horacio, que aunque se quien a una obra todas sus medidas y todos sus enlaces,

Tempora cerca modosque, et, quod prius ordine verbum est,
posterius facias, praeponens ultima primis...

Invenias etiam disjecti membra poetae, ⁶⁰

no desaparecerá su valor: los fragmentos mismos serán hermosos. Así contestó Menandro, cuando lo acosaban por no haber empezado a escribir todavía una comedia cuyo plazo de entrega se acercaba: «La comedia está ya compuesta y lista, respondió; no me queda sino ponerle los versos.» Teniendo las ideas y la materia bien ordenadas en el espíritu, daba poca importancia a lo que le faltaba hacer. Desde que Ronsard y Du Bellay han dado prestigio a nuestra poesía francesa, no veo a ningún aprendiz de poeta que no infle las palabras y ordene las cadencias más o menos como ellos. *Plus sonat, quam valet.*⁶¹ Para el vulgo jamás hubo tantos poetas como hoy; pero aunque les haya quedado fácil imitar los ritmos, no logran imitar las hermosas descripciones de uno ni las delicadas invenciones del otro.

¿Qué hará nuestro discípulo si se le obliga a tomar parte en la sofisticada sutileza de algún silogismo, por ejemplo, de este tenor?: «El jamón da sed, el beber quita la sed, luego el jamón quita la sed.» Debe burlarse de tales cosas; es más ingenioso burlarse que responder. Que imite esta ingeniosa respuesta de Aristipo: «¿Pará qué voy a desatar el silogismo, si estando atado me enreda?» Alguien proponía contra Cleanto algunas finuras dialécticas, a lo que contestó Crisipo: «Guarda esos trucos de magia para los niños y no distraigas con ellas las serias reflexiones de un anciano» Si estas argucias tontas, *contorta et aculeata sophismata*,⁶² lo llevaran a creer en alguna mentira, la cosa sería perjudicial; pero si permanecen sin efecto y sólo lo hacen reír, no veo por qué haya que ponerse en guardia contra ellas. Hay hombres tan tontos que se apartan de su camino hasta un cuarto de legua para captar una palabra

⁵⁹ Su gusto es delicado, pero sus versos son pesados. Horacio, *Sátiras*, I, iv, 8

⁶⁰ Quitad el ritmo y la rima, que lo que estaba primero quede después, y lo último primero... Encontrarás aún los miembros dispersos de un poeta. Horacio, *Sátiras*, x, 58-63

⁶¹ Suenan más de lo que vale. Séneca, *Cartas*, LX

⁶² Sofismas engañosos.

llamativa: *aut qui non verba rebus aptant, sed res extrinsecus arcessunt quibus non verba convenient,*⁶³ y otros, *qui alicujus verbi decore placentis, vocentur ad id, quod non proposuerant scribere.*⁶⁴ Yo prefiero cambiar una buena frase para acomodarla a mis propósitos, que apartarme de estos para buscar una frase atractiva. Al contrario, son las palabras las que siempre deben someterse y seguir el argumento; y si el francés no sirve para expresar lo que quiero decir, para eso tengo el dialecto gascón. Yo quiero que las cosas predominen y que llenen de tal manera la imaginación del oyente, que éste ni se acuerde de las palabras. El lenguaje que prefiero es claro y sencillo, lo mismo en el papel que en la boca; un lenguaje sustancioso y nervioso, breve y conciso, más bien vehemente y brusco que pulido y delicado:

*Haec demum sapiet dictio, quae feriet;*⁶⁵

más bien difícil que aburridor, sin afectación ni regla, flexible y audaz; de manera que cada trozo tenga su sentido; que no sea pedante, ni frívol, ni jurídico, sino más bien soldadesco, como llama Suetonio al estilo de Julio César, aunque no estoy muy seguro de por qué lo llamó así.

He imitado de gusto el descuido que se ve en nuestros mozos en el porte de sus ropas: el manto como bufanda, la capa al hombro y una media floja, que representan el desdén orgulloso de los adornos extraños e indiferentes del arte. Pero encuentro esto más apropiado si se aplica a la forma de hablar. Toda afectación, principalmente en la alegría y libertad francesas, es dañina en el cortesano. Sin embargo, en una monarquía todo joven noble debe ser encauzado al buen porte palaciego; por esta razón procedemos bien al evitar demasiada ingenuidad y familiaridad.

Me disgusta el tejido que deja ver los hilos y costuras; así como un cuerpo hermoso impide que puedan contarse los huesos y las venas.

*Quae veritati operam dat oratio, incomposita sit et simplex.*⁶⁶

*Quis accurate loquitur, nisi qui vult putide loqui.*⁶⁷

La elocuencia que nos atrae hacia ella misma perjudica y daña las cosas mismas. Como en el vestir es señal de pusilanimidad querer distinguirse por alguna particularidad insólita, así en el lenguaje la búsqueda de frases nuevas y de palabras poco frecuentes viene de una ambición pedante e infantil. ¡Ojalá pudiera hablar únicamente con las que usan en los mercados de París! Aristófanes, el gramático, no entendía nada cuando reprochaba a Epicuro la sencillez de las palabras y la finura de su arte oratorio, que se concentraba en

⁶³ O quien, en vez de adaptar las palabras al tema, van a buscar lejos del tema cosas para las cuales les sirvan las palabras. Quintiliano, *Instituciones*, Oratoria, VIII, iii.

⁶⁴ Y los hay que, para usar una palabra que les llama la atención, se desvían hacia un tema que no tenían la intención de tratar. Séneca, *Cartas*, LIX

⁶⁵ El único estilo bueno es el que acierta el golpe. Epitafio de Lucano.

⁶⁶ El discurso que está al servicio de la verdad debe ser simple y sin decoración. Seneca, *Cartas*, LX

⁶⁷ ¿Quién habla cuidadosamente, sino el que habla con afectación? Seneca, *Cartas*, LXXV

la precisión del lenguaje. Como es tan fácil imitar las formas de hablar, todo el pueblo las copia al instante. Pero imitar el pensamiento y la inventiva no es algo que se pueda hacer tan rápido. Casi todos los lectores, cuando se han puesto un vestido semejante, creen tener un cuerpo parecido, pero aunque el abrigo y los adornos se puedan conseguir prestados, nadie presta la fuerza y los nervios.

La mayoría de los que me acompañan en este libro tienen un habla similar a los *Ensayos*, pero no sé si pensarán lo mismo. Los atenienses, dice Platón, tienen como propio el cuidado de la elegancia y abundancia en el decir; los lacedemonios, la concisión; los de Creta eran más fecundos en las ideas que en el lenguaje; estos últimos son los mejores. Zenón decía que sus discípulos eran de dos clases: los unos, que llamaba *φιλόλογους*, "filólogos", curiosos de aprender las cosas, eran sus preferidos; los otros, que designaba con el nombre de *λογόφιλους*, "logófilos", no se preocupaban más que por el lenguaje. Todo esto no quiere decir que el buen decir no sea bueno, pero no tanto como el buen hacer, y me desconsuela que nuestra existencia se esfuerce únicamente en hablar bien. Yo quisiera, en primer lugar, conocer bien mi lengua, y después la de mis vecinos con los que tengo relaciones más frecuentes.

El latín y el griego son sin duda dos hermosos ornamentos, pero paga demasiado por ellos. Hablaré aquí de una forma de aprenderlos más fácilmente que de costumbre, y que yo mismo ensaye. El que quiere puede usarlo. Mi difunto padre, habiendo hecho todos los esfuerzos posibles para informarse, entre gentes sabias y competentes, sobre una educación elevada, fue advertido del mucho tiempo requerido para aprender las lenguas clásicas, y le decían que precisamente todo el tiempo que gastábamos en aprender las lenguas era la causa de que no llegásemos a alcanzar ni la grandeza de alma ni los conocimientos de los antiguos griegos y romanos, que no tenían que esforzarse para aprenderlas. Yo no creo que esta sea la única causa. Pero el expediente que mi padre encontró fue que antes de salir de los brazos de la nodriza, antes de comenzar a hablar, me entregó a un alemán, que murió más tarde en Francia como famoso médico, y que ignoraba del todo nuestra lengua y dominaba el latín. Este maestro, a quien mi padre había hecho venir expresamente y que recibía una buena paga, me tenía continuamente en sus brazos. Estaban también con él otras dos personas de menor saber para seguirme y ayudar en su tarea, y que no me hablaban sino en latín. En cuanto al resto de la casa, era regla inviolable que ni mi padre, ni mi madre, ni criado ni criada, hablasen delante de mí nada distinto a las pocas palabras latinas que habían aprendido para hablar conmigo. Fue maravilloso el fruto que todos sacaron de esto. Mi padre y mi madre aprendieron suficiente latín para entenderlo y adquirieron todo el que necesitaban para servirse de él en caso de necesidad; lo mismo pasó con los criados que me servían con más frecuencia. En suma, nos latinizamos tanto que la lengua se extendió hasta los pueblos cercanos, donde todavía hoy usan palabras latinas para nombrar algunos oficios y herramientas. En cuanto a mí, llegue a los seis años habiendo oído hablar en francés o en el dialecto del Perigord tan poco como en árabe. Así que sin arte alguno, sin libros, sin gramática ni reglas, sin rejo ni lágrimas, aprendí el latín con tanta pureza como lo sabía mi maestro; pues yo no podía

haberlo confundido ni alterado. Cuando me ponían a trabajar sobre un texto o un tema, según se usa en los colegios, el profesor, como no podía dármele en francés, lo escribía en mal latín y yo lo devolvía corregido. Nicolás Grouchy, autor de *Comitiis Romanorum*; Guillaume Guerente, comentador de Aristóteles; George Buchanan, gran poeta escocés y Marc Antoine Muret, a quien Italia y Francia reconocen como el primer orador de su tiempo, y que fueron mis institutores domésticos, me han dicho con frecuencia que como yo tenía el latín tan a la mano y listo, temían dirigirse a mí. Buchanam, a quien vi después al servicio del difunto mariscal de Brissac, me dijo que estaba escribiendo un tratado sobre la educación de los niños, y que usaría mi ejemplo, pues en aquella época estaba a su cargo el conde de Brissac, a quien hemos visto después tan bravo y valeroso.

En cuanto al griego, del cual no entiendo casi nada, mi padre intentó hacérmelo aprender con un artificio novedoso, basado en la distracción y el ejercicio. Estudiamos las declinaciones a la manera de los que usan el juego de damas para aprender la aritmética y la geometría; pues entre otras cosas habían aconsejado a mi padre que me hiciera gustar la ciencia y el cumplimiento del deber, por voluntad libre y por mi propio deseo, y que educara mi alma con toda dulzura y libertad, sin rigor ni coacción. Y puede verse hasta qué punto casi supersticioso se cumplía conmigo esto considerando que, como algunos juzgan dañino para el cerebro tierno de los niños, que duermen más profundamente que los mayores, despertarlos por la mañana de golpe y con violencia, me despertaban con el sonido de algún instrumento, y siempre hubo en mi casa un hombre encargado de esto.

Este ejemplo bastará para juzgar lo demás, y también para mostrar el afecto y prudencia de tan buen padre, al cual no hay que culpar de que los resultados no correspondieron a un cultivo tan exquisito. Dos cosas fueron la causa de esto: en primer lugar el campo estéril e incómodo, pues aunque yo gozara de salud completa y resistente, y en general me hallara dotado de un temperamento sociable y tratable, era pesado, indiferente y adormilado; ni siquiera para jugar era fácil arrancarme de la ociosidad. Aquello que veía, lo veía con claridad, y bajo mi forma de ser pesada, alimentaba imaginaciones atrevidas, y opiniones por encima de las propias de mi edad. Tenía el espíritu lento, que sólo iba a donde lo arrastraran; la comprensión tardía, la invención débil, y por encima de todo, tenía una falta increíble de memoria. No es pues nada raro que mi padre no hubiera sacado mucho de una naturaleza semejante. En segundo lugar, así como aquellos que sufren un deseo furioso de curarse alguna enfermedad y siguen toda clase de consejos, el buen hombre, temiendo equivocarse en una cosa que había tomado tan en serio, se dejó dominar al fin por la opinión común, que siempre sigue a los que van delante, como las grullas, y se sometió a la costumbre general, pues ya no tenía al lado a los que le habían dado los primeros consejos relativos a mi educación, a quienes había traído de Italia. Me mandó pues a los seis años al colegio de Guyena, muy floreciente entonces, y el mejor de Francia. Allí fui objeto de sus cuidados más extremos, a los que no se podía añadir nada: me rodearon de toda clase de maestros, y atendieron todo lo que tenía que ver con educación, para lo cual dio instrucciones que en muchos casos se apartaban de las costumbres los colegios. Pero por más que se hiciera era

siempre un colegio. Mi latín se corrompió en seguida, y como no me serví de él después, acabé por olvidarlo, y el colegio no me fue útil sino para llegar de un salto a la educación avanzada, pues a los trece años, cuando salí del colegio, había terminado lo que llamaban mi curso, en verdad sin que yo pueda pensar que saqué algún otro fruto de esto.

El primer gusto por los libros me vino del placer que tuve leyendo las fábulas de las *Metamorfosis de Ovidio*. No tenía más siete u ocho años, y me privaba de cualquier otro gusto por leerlas, y con mayor deleite, por ser el latín mi lengua materna, y además porque el citado libro era el más fácil que yo conociera y el más apropiado a mi tierna edad por el tema que trata. De los *Lancelot del Lago*, los *Amadís*, los *Huons de Burdeos* y todo el fárrago de libros con que la infancia se deleita, no conocía ni los títulos, y hoy mismo no los he leído; tan firme era mi disciplina. Mientras tanto, descuidaba bastante las demás materias. Me convino mucho en esto mi relación con un hombre con espíritu de maestro que supo tolerar hábilmente esta inclinación y algunas otras. Pues por él leí de golpe, primero la **Eneida** de Virgilio, después a Terencio, a Plauto y el teatro italiano, atraído por la dulzura de sus temas. Si mi guía hubiera sido tan loco como para interrumpir bruscamente mis lecturas, creo que nada hubiera sacado del colegio sino el odio de los libros, como acontece a casi toda nuestra nobleza. Mi preceptor, ingeniosamente, se hacía el que no veía, y así excitaba mi apetito, mientras me mantenía en una disciplina suave en los demás estudios. Pues la principal cualidad que mi padre buscaba en los maestros a quienes me entregaba era la benignidad y sencillez de carácter. Mi carácter, por su parte, no tenía otros defectos que la pereza y languidez. El peligro no era que obrase mal, sino que no hiciera nada.: nadie pensaba que pudiera volverme malo, sino inútil. Se me pronosticaba la haraganería, pero no la malicia.

Y creo que esto es lo que ha pasado. Las quejas que llegan a mis oídos son aún similares. «Es un ocioso, frío para los asuntos de amistad y de familia y para los empleos públicos; demasiado encerrado en sí mismo » Los más injuriosos no dicen “¿porque se apoderó de algo? ¿Por qué no pagó?”, sino “¿por qué no da? ¿por qué no se lleva nada?”

Consideraría un favor que no se me pidiera nada distinto a mis obligaciones, pero es injusto que se me exija lo que no debo con un rigor que muchos no aplican a lo que deben. Condenándome, suprimen el premio que merecen las buenas acciones y me impiden tener los sentimientos de gratitud a que hubieran sido acreedores. El bien que yo puedo hacer de gusto debería considerarse de mayor mérito, ya que no acostumbro hacerlo a la fuerza. Puedo disponer con más libertad de lo que es realmente mío. Sin embargo, si fuera yo amigo de la jactancia, rechazaría estos reproches y me sería fácil probar que no les molesta tanto que yo no haga bastante, como que puedo hacer más de lo que hago.

Mi espíritu no dejaba de tener, pesar de todo, fuertes sacudidas; daba juicios seguros y sinceros sobre los objetos que conocía, y los digería solo, sin ayuda de nadie. Creo, además, que habría sido incapaz de dejarme llevar a la fuerza y la violencia. ¿Pondré en la lista de mis habilidades infantiles la firmeza

en la mirada, la flexibilidad de voz y de gesto que me sirvieron para las representaciones teatrales? Pues antes de madurarme,

*Alter ab undecimo tum me vix ceperat annus*⁶⁸

protagonicé las tragedias latinas de Buchanan, Guerente y Muret, bien representadas en nuestro colegio de Guyena. En esto, como en las demás tareas de su cargo, Andreas Govea, nuestro director, fue el primero en toda Francia, y me consideraba un actor notable. Es un ejercicio que no desapruero en nuestros jóvenes nobles, y hasta he visto a nuestros príncipes entregados a él, con habilidad y seriedad, imitando a los antiguos. En Grecia era digno de elogio que las gentes distinguidas adoptaran el oficio de actor:

*Aristoni tragico actori rem aperit, huic et genus et fortuna honesta erant; nec ars, quia nihil tale apud Graecos pudori est, ea deformabat*⁶⁹

Siempre he acusado por impertinentes a los que condenan tales diversiones, y por injustos a los que prohíben la entrada a nuestras ciudades a los comediantes valiosos, privando así al pueblo de estos placeres públicos. La buena política busca reunir a los ciudadanos tanto para los oficios serios de la devoción como para diversiones y juegos, con lo que aumentan la amistad y la comunicación de las gentes. No podrán concederse al pueblo pasatiempos más ordenados que aquellos que se hacen en presencia de todos, a la vista misma de la autoridad; y hasta encontraría razonable que el príncipe y los magistrados regalaran a las comunidades estas representaciones, en un gesto de afecto paternal. Me parece también apropiado que en las grandes ciudades haya sitios destinados y preparados para este espectáculo, aunque sea para alejar acciones peores y más escondidas.

Para volver a mi tema, diré que lo que hace falta es despertar el apetito y el gusto por el estudio; de otro modo, el discípulo será sólo un asno cargado de libros. Si se le administra la ciencia con el látigo, lo único que se hace es entregarle unos paquetes de conocimientos, pero para que la ciencia sea útil no basta meterla en la cabeza, sino que hay que asimilarla y poderla sacar a la luz.

Trad. Jorge Orlando Melo

⁶⁸ Apenas había llegado a los doce años. Virgilio, *Bucólicas*, VIII, 39

⁶⁹ [El conspirador Andranedoro] "descubrió su proyecto al actor trágico Agatón, quien era hombre honorable por nacimiento y fortuna; y su oficio no lo desacreditaba, pues ser actor no tiene nada de vergonzoso en Grecia". Tito Livio, XXIV, xxiv.